

mario

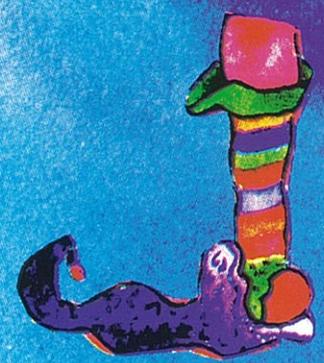
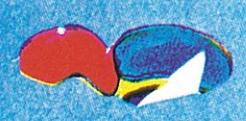
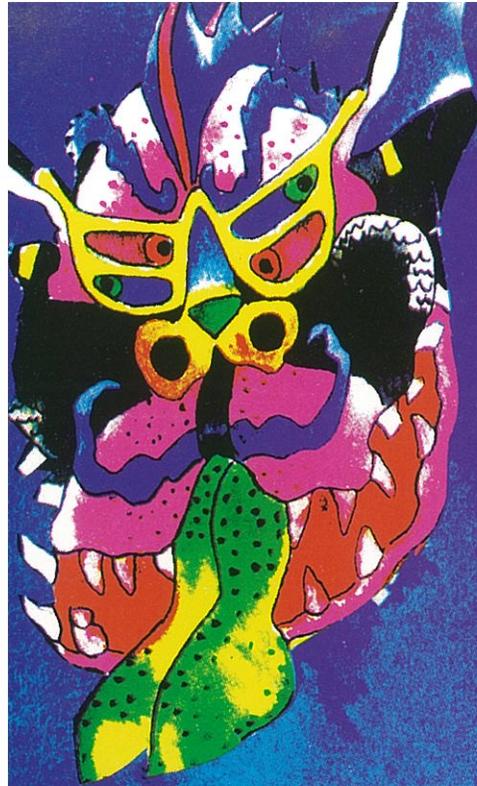
# PASCUALITO

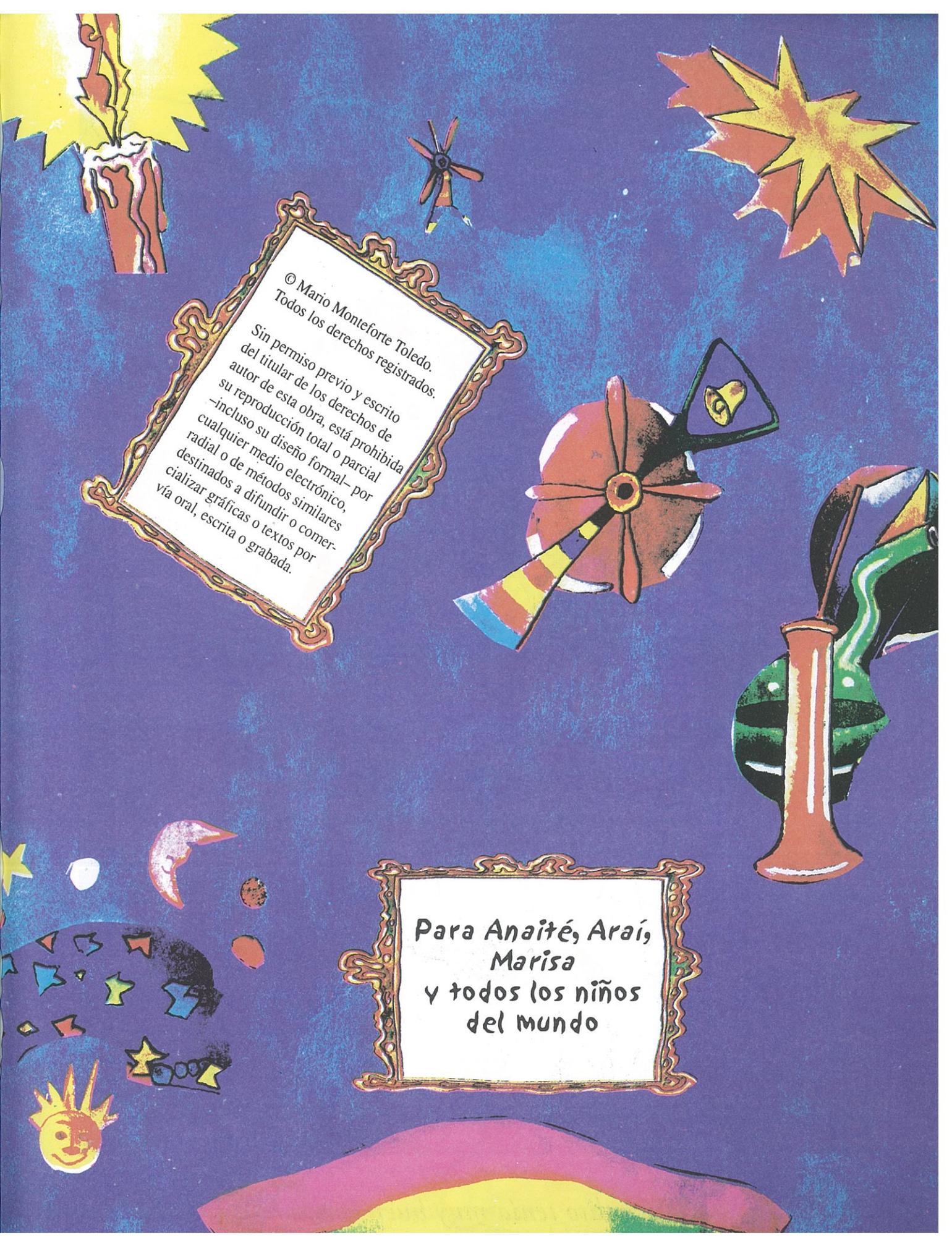
monteforte toledo



ilustraciones de leonel maciel

Maciel 97





© Mario Monteforte Toledo.  
Todos los derechos registrados.

Sin permiso previo y escrito  
del titular de los derechos de  
autor de esta obra, está prohibida  
su reproducción total o parcial  
—incluso su diseño formal— por  
cualquier medio electrónico,  
radial o de métodos similares  
destinados a difundir o comer-  
cializar gráficas o textos por  
vía oral, escrita o grabada.

Para Anaité, Araí,  
Marisa  
y todos los niños  
del mundo



*Pascualito tenía muy buen corazón*



Había una vez un gusanito que vivía en una lechuga a la orilla de un lago y se llamaba... Pascualito. Era simpático, según decía todo el mundo, y no se parecía a nadie. Con su voz aguda como de flauta cantaba tan bien que los peces se asomaban a escucharlo y los perros paraban las orejas y sonreían.

Pues figúrate que una mañana se levantó con mucho dolor en los pies, en todos los pies, y llamó por el teléfono intélico al curandero Estroncio y le contó lo que le pasaba. El curandero le dijo que lo sentía mucho; Pascualito le pidió una medicina y el curandero le dijo que ahora mismo le

mandaba con una paloma mensajera unos polvos de andromedia para que se los tomara con jugo de gobiala, que es una raíz muy milagrosa. La andromedia es una semilla dulzona y sin cáscara dura que comían los griegos en el cine en vez de maní- as para no molestar a los vecinos con el ruido: crac crac...



Pascualito se tragó la medicina sin respirar —porque sabía muy feo— y luego luego desapareció el dolor de los pies. Se puso tan contento que cantó sin parar mientras se bañaba en agua de coliflor, como todos los días.

Le dio hambre y fue a desayunar en la mesa que estaba junto a un árbol a la orilla del lago. Pero al verse reflejado en el agua —que era





su espejo porque no tenía espejo— se dio cuenta de que se había puesto blanco con rayas negras, o negro con rayas blancas —que es lo mismo—, porque tenía el mal de zebra. Lanzando un chillido de susto se miró más despacio; sí: estaba color de zebra.

Entonces, por el teléfono intélico llamó a Pirrimplín y le contó lo que le pasaba. Pirrimplín llegó en un momento en su motocicleta atómica con motor olímpico y lo consoló diciéndole «pobrecito Pascualito, ahora si te fregaste».

Pirrimplín era el mejor amigo de Pascualito. No era gusanito pero sí muy simpático, según decía todo el mundo, y no se parecía a nadie. Casi siempre estaban juntos, menos cuando se separaban para hacer cada uno sus propias cosas. Porque uno siempre tiene cosas propias que hacer, ¿verdad? Por ejemplo, rascarse, lavarse los dientes, pensar, hacer pipí, acariciar al perro o lamer un caramelo.

Pues figúrate que de repente, Pirrimplín se puso blanco con rayas negras o negro con rayas blancas, que es lo mismo. Al pobre Pirrimplín se le había pegado el mal de zebra.

Entonces los dos lloraron sin consuelo. Las lágrimas de Pirrimplín eran





perlintes, unas piedrecitas verdes que al caer en el suelo sonaban como cuando se rompen los vasos.

En cambio el llanto de Pascualito era del color del agua de Jamaica y corría en tal cantidad que hasta el nivel del lago subió y en la otra margen, allá lejos, inundó la casa de las ardillas. Las ardillas creyeron que había llegado el fin del mundo y despavoridas se encaramaron a los árboles de kusumasmoro, que son los

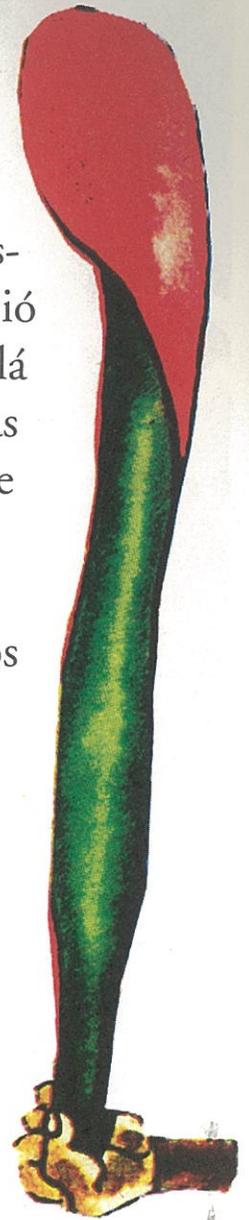
más altos.

Como no se presentó nadie a hacerles caso, Pascualito y Pirrimplín dejaron de llorar y llamaron por el teléfono inteligente al curandero Estroncio. Nada.

Lavaron el teléfono con agua de coliflor por si estaba sucio y volvieron a llamar. Nadie contestó;

Parecía que todos estuvieran bien dormidos.

En eso estaban cuando allá arriba, justo encima de la lechuga, y donde comenzaban las nubes del cielo se oyó una risa horrible: juju jeje





*Pirrimplín también tenía muy buen corazón*

jajay... Pero cuando salieron a ver ya no había nada, sólo un chorro de humo amarillo como el que dejan los cohetes al subir al cielo, y una hedentina a pelo quemado.



Pascualito y Pirrimplín comprendieron: eran cosas de la bruja Escaldufa, que los odiaba con toda la rabia de sus negras entrañas. Era ella la que había cambiado la medicina por el veneno del mal de zebra; era ella la que había desaparecido al curandero Estroncio; era ella la que en su escoba de dos motores biónicos había llegado a comprobar sus maldades.

Inmediatamente, Pascualito y Pirrimplín se montaron en la motocicleta atómica y se dirigieron al castillo del mago Merlín; pero dando primero una gran vuelta, por si la bruja todavía andaba por ahí. Volaron y volaron, hasta que allá a lo lejos aparecieron las torres del castillo.



Pero la motocicleta atómica comenzó a fallar: su motor sonaba como si estuviera enfermo de la garganta. De pronto entró en picada directamente hacia el suelo, que primero se veía plano como pizarra y ya más de cerca mostraba sus montañas y sus rocas y sus barrancos.

Allí, exactamente allí abajo, los esperaba el hocico del más grande de los dragones. Los dragones son primos hermanos de los dinosaurios. Cuidan la entrada de la cueva





*Los dragones eran más feos por dentro que por fuera*

de la bruja Escaldufa y se alimentan de pastel de garrapata, vacas enteras, culebras fritas y sapos alegóricos (que son los más grandes).

Y fíjate que hasta gente comen, aunque no les gusta mucho porque dicen que sabe a perro, salvo las

uñas y los pellejitos de dedos (que son sabrosos,

¿verdad?).

Los dragones se parecen a los alebrijes, pero en un tamaño

colosal, y a pesar de ser

tan grandes se mueven con la velocidad de las

moscas. También se parecen a los

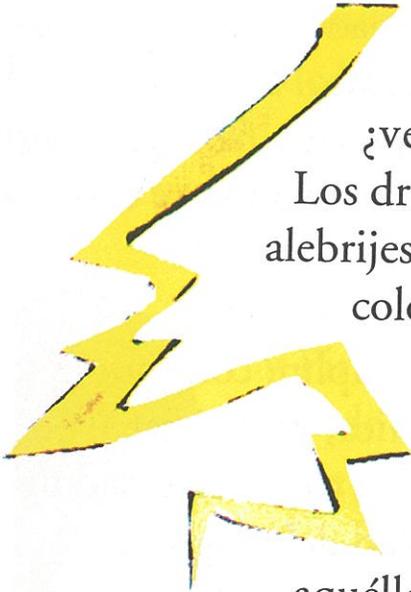
dragones chinos, sólo que éstos hablan chino y aquéllos hablan japonés y pueden vivir en el agua.

Sin embargo, a quienes más se parecen es

a los dinosaurios, sólo que echan rayos láser por los ojos y de una sola mirada a una roca del tamaño de una casa la funden y la vuelven como frijol.

Tienen seis patas y de las garras, que se meten y salen, se meten y salen –como las de los leones– les brota ácido caprónico, el más ponzoñoso de los ácidos; por eso donde

se para un dragón no vuelve a crecer nada, ni hierba siquiera.





Con un ojo a cada lado, uno en la coronilla, uno en la espalda y otro en la panza, pueden ver en todas las direcciones; tienen

cuatro filas de dientes y sus colmillos son como del largo de una espada. Apestan a azufre y a vómito. Son unos monstruos muy feos. ¿Y sabes cómo hacen cuando se enojan? Uuaff... uaff...

Como te iba contando,

Pascualito y Pirrimplín, con todo y motocicleta atómica, ya casi caían en

las fauces del dragón cuando pasó a toda velocidad un Alia y se los llevó volando al castillo del mago Merlín.

Las Alias sólo tienen plumas azules, sin cabeza ni patas ni cuerpo ni cola; sólo son de plumas y huelen rico, como a dulce de guayaba, además siempre aparecen

y ayudan en el momento en que uno las necesita.

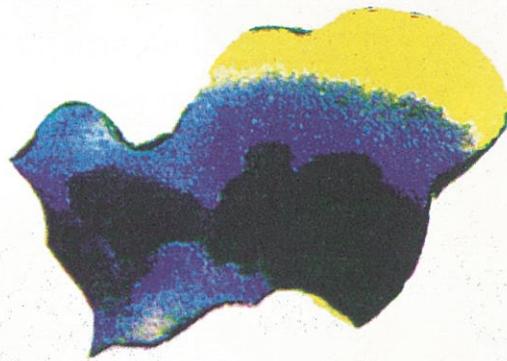
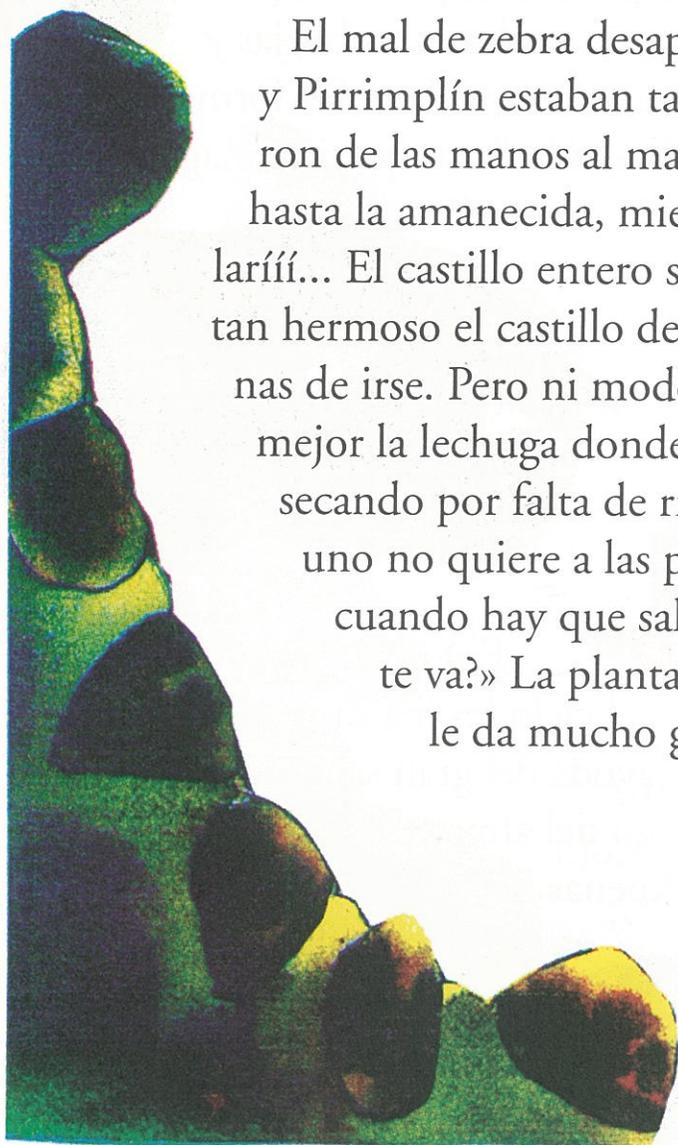
Centenares de inteligentes Alias eran la mejor protección del mago Merlín. Él tenía cuatrocientos años de edad, pero parecía de quinientos. La barba blanca le colgaba hasta las babuchas y en ella dormían las mariposas. Sus ojitos, vivos, se reían y era tan buena gente que daba ganas de tenerlo como abuelito.



En la punta del alto gorro le sonaba una campanilla de plata y sus uñas se enrollaban como las de los sabios chinos. Ahí, debajo de las uñas, dormían las pulgas nebrigias, unas que no pican y sólo hacen cosquillas.

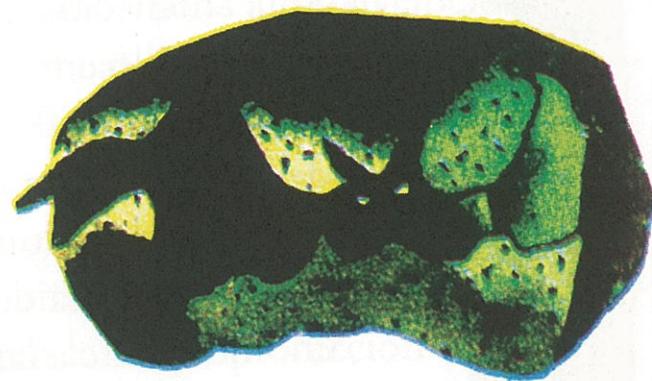
El mago trató muy bien a Pascualito y a Pirrimplín; les dio galletas de higo y un helado de tres sabores con un chisquete de chocolate caliente encima, y les untó en la nariz la crema de rosicler, que cura el susto y vuelve bonitos los colores feos de la piel.

El mal de zebra desapareció; Pascualito y Pirrimplín estaban tan contentos que tomaron de las manos al mago Merlín y bailaron en ronda hasta la amanecida, mientras cantaban lará lará, larí laríí... El castillo entero se puso feliz de oír todo eso. Era tan hermoso el castillo del mago Merlín que no daba ganas de irse. Pero ni modo: había que partir porque a lo mejor la lechuga donde vivía Pascualito ya se estaba secando por falta de riego y de cariño. Tú sabes que si uno no quiere a las plantas, se marchitan; de vez en cuando hay que saludarlas: «Hola, preciosa, ¿cómo te va?» La planta no dice nada, pero allá adentro le da mucho gusto.



El mago les regaló unos sacos de piel de pecho de cordero llenos de cosas bonitas –porque como era mago sabía todo lo que a uno le gusta– y les abrió un túnel iluminado en la oscuridad de la noche para que encontraran fácilmente el camino de su casa.

Los viajeros iban muy tristes por tener que dejar a su querido amigo, que siempre los protegía contra las maldades de la bruja Escaldufa y les aliviaba sus penas y les daba mucha alegría. A ellos siempre se les ocurrían muchas cosas para arreglar sus problemas; pero como eran tan chiquitos no tenían muchas fuerzas para luchar contra lo que era muy fuerte; por ejemplo contra la bruja Escaldufa y todas las otras brujas y los dragones que la defendían. De manera que la única forma que tenían de vivir tranquilos era con la ayuda de su querido mago Merlín.



Esa noche que andaban por el cielo les iba muy bien gracias a la ayuda del gran sabio Merlín, su amigo del alma. Apenas llegaron y se quitaron el polvo de las estrellas de encima, fueron a visitar a Proserpina, la novia de Pascua-

lito. Era un poco chata y tenía algo colorada la nariz y algunos pelos parados en la coronilla; pero su pelo era precioso, negro como zapato, y sus orejas, un poco paradas como las de las ardillas, eran tan bien hechas que daba ganas de comérselas.



Además, a Pascualito le fascinaba porque siempre estaba contenta y bailaba muy bien rock, samba, salsa o lo que fuera, y porque su voz daba

ganas de cerrar los ojos y dormir un poquito.

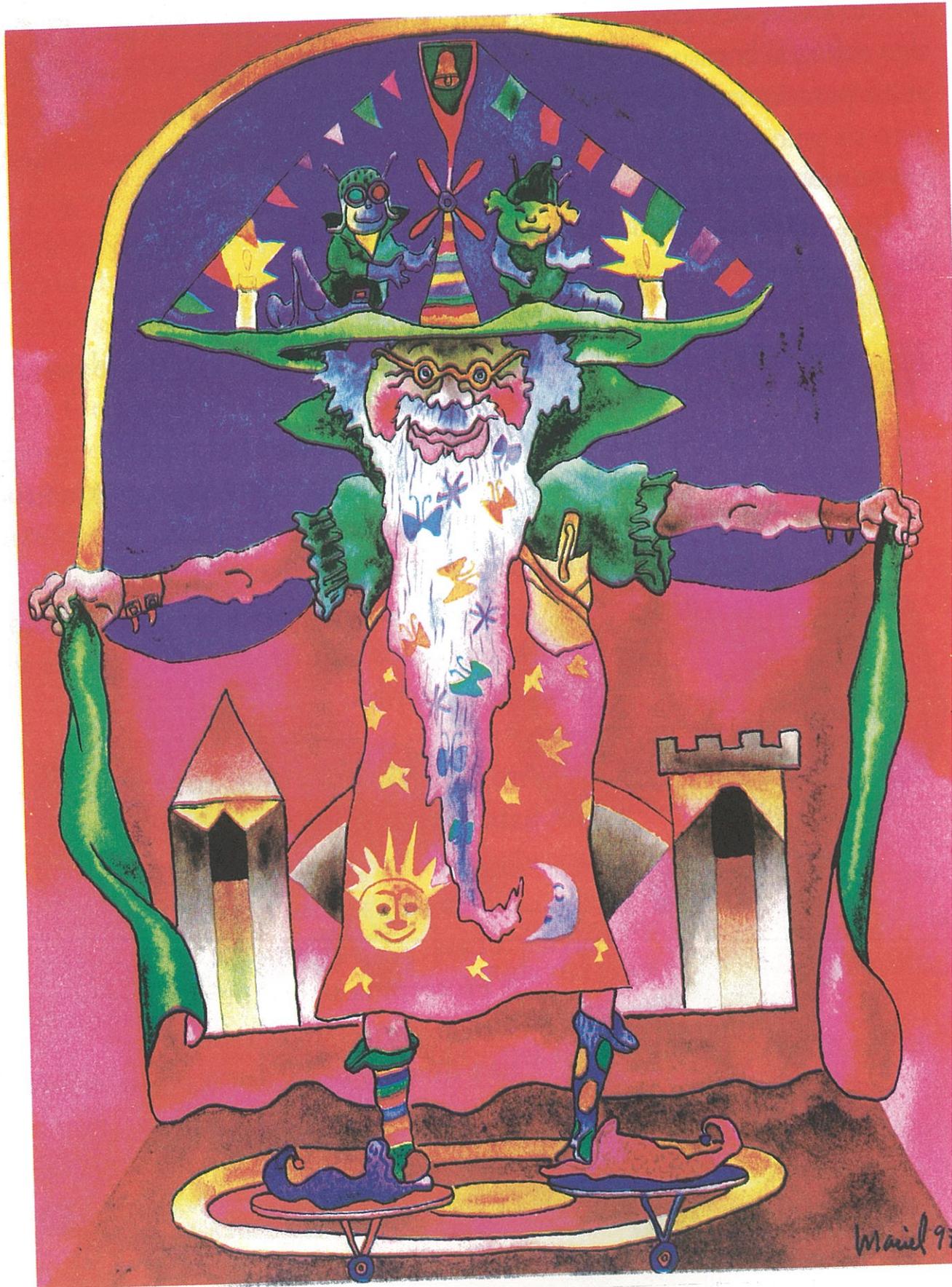
Los pasteles que hacía eran famosos en la América del Sur, la América del Norte, en Wanabomba y demás países africanos, en Malasia y Buenasia y demás islas del otro lado de la tierra, entre los esquimales y los apaches y los tzutuhiles y las tribus flecheras del río Amazonas.



Pascualito le regaló todo lo que el mago Merlín les había dado, y también dos plumas arrancadas a un ángel que se encontraron a medio cielo en el túnel luminoso cuando volvían a casa.

A Proserpina se le empañaron los ojos de lágrimas de puro agradecimiento y invitó a Pascualito y a Pirrimplín a pasear por la huerta, de la que estaba muy enamorada. (Bueno, no se dice «y invitó» sino «e invitó», pero suena





*El mago Merlín era sabio, bondadoso y generoso*

bien, ¿no es cierto?)

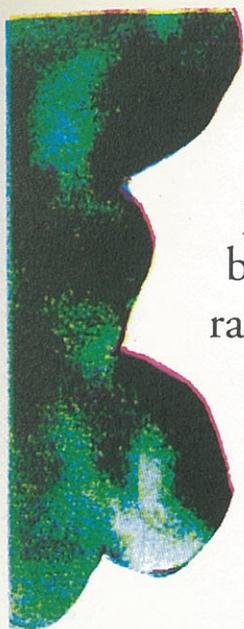
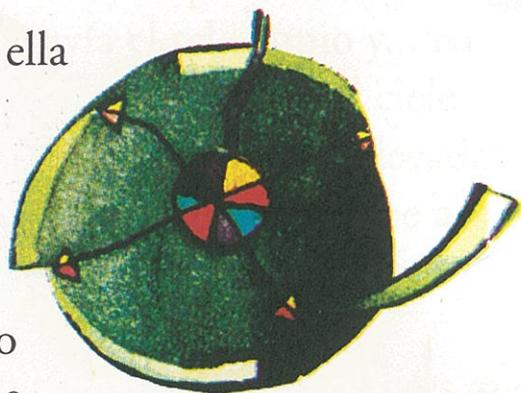
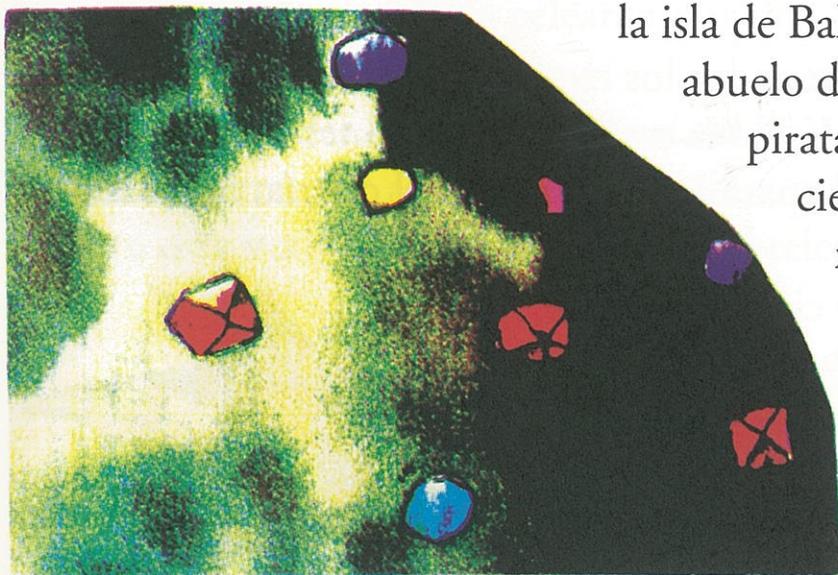
Por ahí pasaba un río y ella escribía cartas en unos papeles doblados en forma de barco y los tiraba al agua para que los recibieran unos conejos que vivían como a ocho días de distancia. Nunca le

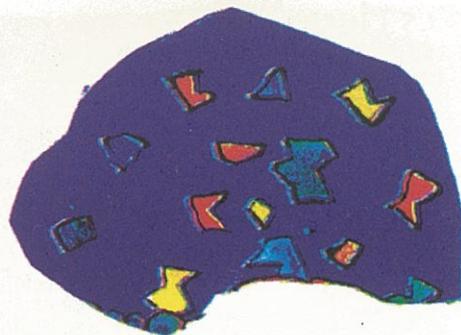
contestaron; pero no importaba: cuando su canario cantaba de noche era porque los conejos habían recibido las cartas.

Los naranjales del huerto daban naranjas de oro, los rosales daban uvas y los mangales eran chiquitos, para que los patojos pudieran cortar fácilmente la fruta. A Proserpina le encantaba tirar naranjas de oro al río para que se las llevara la corriente rodeadas de peces de colores.

En una fuente había un chorrito que se hacía grande y se hacía chiquito, y además cantaba. Ahí vivían los pescados azules con la cola plateada y el Ave del Paraíso. Lo trajo de

la isla de Bali Pancho Dreik, un abuelo de Proserpina; había sido pirata, pero desde hace doscientos años se hizo marino porque los españoles lo amenazaron con ahorcarlo si seguía asaltando barcos y robándoles sus tesoros. Pancho Dreik





fumaba pipa, escupía ralo por la esquina de la boca y usaba barbas enmarañadas; por eso no se le veía la cicatriz del sablazo que le partía un cachete.

Antes de dormirse esa noche en su concha de nácar, abrigado en el centro amable de su lechuga, Pascualito pensó que la vida era hermosa y que Pirrimplín era noble y Proserpina era tan linda que parecía mentira.

Le mandó con el pensamiento un recuerdo cariñoso al mago Merlín y él le contestó desde su castillo que muchas gracias.

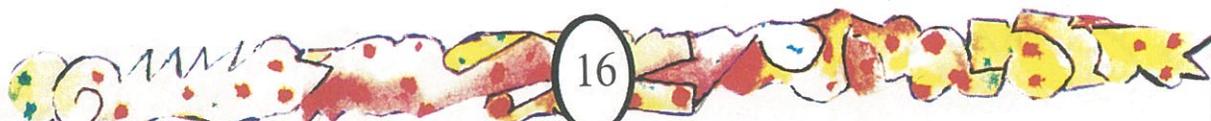
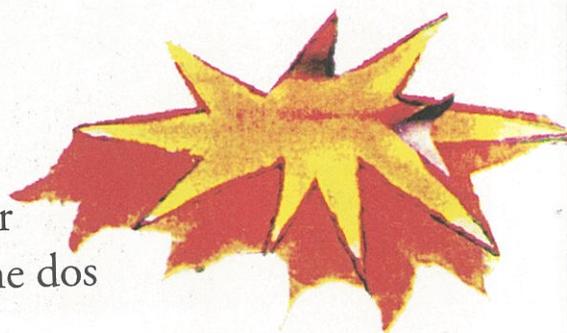


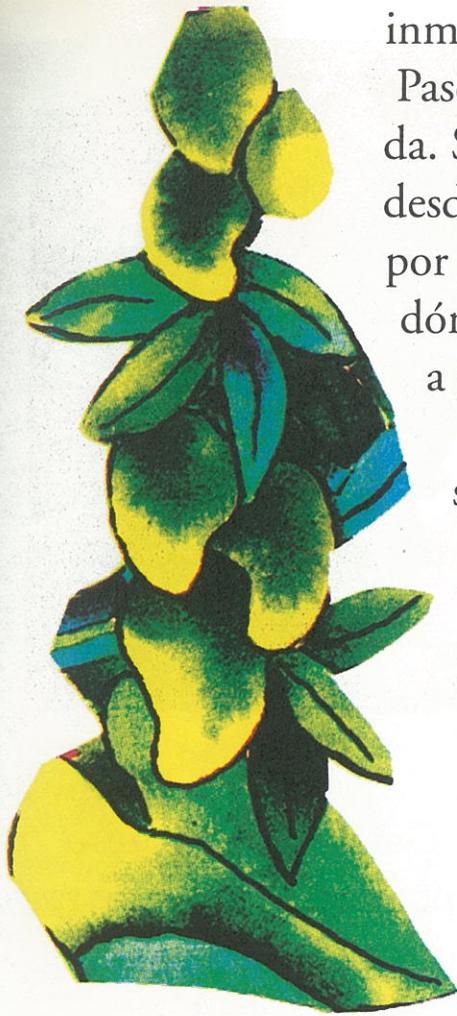
\*

Pascualito iba una noche todos los meses a mirar el cielo en el telescopio del Monte Totopo. Ya sabía manejar los botones y los tornillos y las palancas para dirigir el aparato hacia donde él quería; le enseñó el doctor Garfunkelfefer,

un sabio que por cierto conocía al mago Merlín.

Estaba Pascualito viendo un rincón del cielo donde según el muy sabio doctor Garfunkelfefer iban a aparecer esa noche dos





inmensas estrellas peleándose por una luna.

Pascualito movía y movía el telescopio y... nada. Sólo pasaban aviones perdidos en el cielo desde hacía mucho tiempo, hojas secas llevadas por el aire, ángeles que volaban quién sabe a dónde, palomas mensajeras llevando cartas a tierras lejanas.

También vio pasar globos de colores que se les habían escapado de las manos a niños descuidados, astronautas manejando sus cohetes que echaban llamas plateadas por la cola, nubes que tal vez algún día fueron sueños (porque como sabes, los sueños se parecen algo a las nubes).

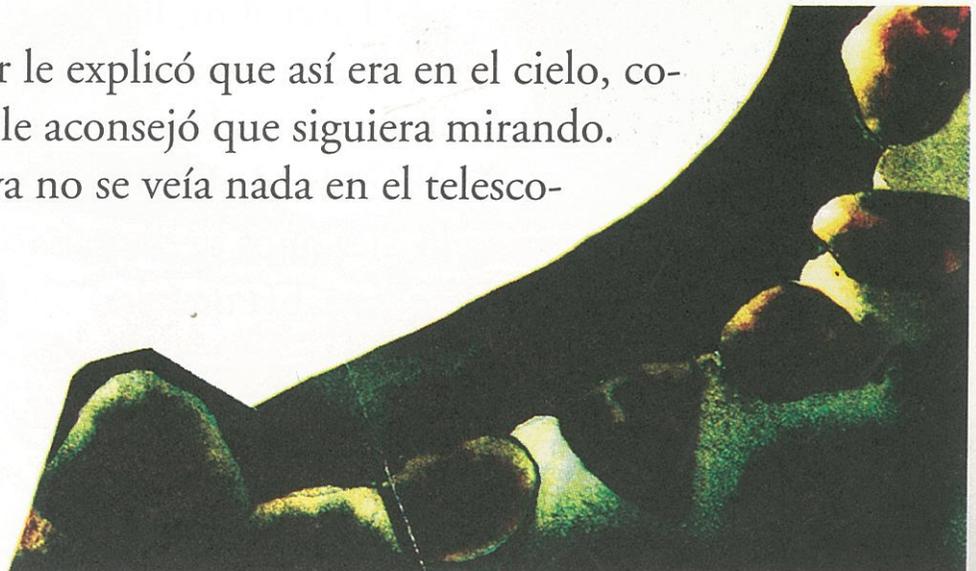
Cuando de repente, zas, aparecieron las dos estrellas gigantes que desde hacía un millón de años se gritaban y se empujaban porque cada una quería que la luna fuera su satélite. A Pascualito le dio risa que

unos astros tan grandes se pelearan por una cosa tan pequeña.

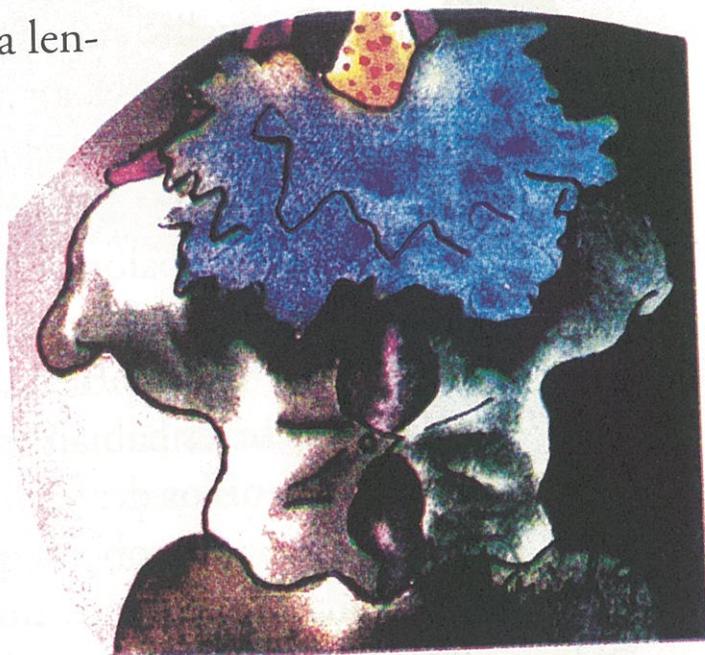
Pero el doc-

tor Garfunkelfefer le explicó que así era en el cielo, como en la tierra, y le aconsejó que siguiera mirando.

Pero otra vez, ya no se veía nada en el telescopio.



De repente, Pascualito comenzó a vislumbrar una cosa que giraba lentamente. Era una luna rosada, con anillos en las orejas y siete collares que resplandecían como luceros. Pascualito ajustó el telescopio para ver mejor a la luna rosada. Era muy bonita y parecía contenta.



El doctor Garfunkelfefer miró largamente por el telescopio, se rascó la barba, se enderezó los anteojos y siguió mirando con mayor atención. De pronto se puso de pie, se ajustó la bata blanca y dijo emocionado:

—Pascualito, has descubierto una estrella Nueva. Los astrónomos del famoso observatorio Kuchupuf ya nos habían hablado de una sombra que cada diez años se divisaba en esta parte del cielo; pero nadie sabía qué era. Pascualito estaba feliz.

—Según las costumbres entre los astrónomos, tú, como descubridor, puedes escoger el nombre que por los siglos de los siglos llevará la nueva estrella.





*Proserpina era un encanto y su jardín parecía un sueño*

Pascualito preguntó si podía ser cualquier nombre y el sabio dijo que sí.

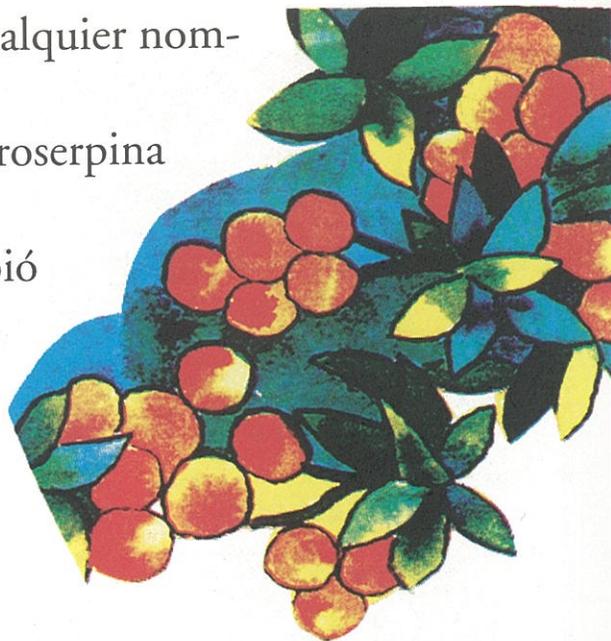
—Bueno, pues... ¿Qué te parece Proserpina Dos?

El sabio estuvo de acuerdo y escribió el nombre y la fecha en su libro de piel de iguana y en un aparato para enviar mensajes al otro lado del océano.

—Vamos a comunicarlo a todos los observatorios del mundo. Ya eres famoso como astrónomo aficionado.

A lo mejor hasta te dan el premio Korcholán este año —dijo.

Pascualito estaba muy agradecido y trató de buscar a la estrella Proserpina Dos en el rincón del cielo donde la había dejado; pero ya no estaba. En el mismo sitio sólo vio unos globos de niño que se alejaban hacia el fondo del cielo.





Pascualito preguntó a dónde van los globos de los niños descuidados y el doctor Garfunkelfefer le informó que a la estrella Loren Dos, donde sólo ellos viven. La estrella Loren también fue Nueva; pero hace cien millones de años.

También le dijo que todos los que se pierden en el cielo van a dar a su propia estrella: los aviadores, los astronautas, los barriletes que revientan su cuerda, las hojas que se lleva el viento, las jabalinas lanzadas demasiado fuerte en las olimpiadas, las nubes cansadas de viajar. Hasta las estrellas demasiado ancianas tienen sus estrellitas ya apagadas, para descansar eternamente.

Pascualito le contó a Pirrimplín lo que le había enseñado el sabio doctor Garfunkelfefer; estaba medio chiflado porque un día se lo encontró paseando por la orilla del lago con un zapato café y el otro negro. El doctor lo saludó diciéndole «hasta luego, Torolito» como si ése

fuera su nombre, y le dijo que mejor bus-  
cara dónde meterse

porque iba a llover. Pero  
hacía un sol a todo meter y  
Pirrimplín sonrió y no le hizo  
caso.





—¿Y llovió? —preguntó Pascualito.

—Pues... sí —dijo Pirrimplín con cara de culpable.

\*

Si a Pascualito le encantaba la astronomía, a Pirrimplín le fascinaba el buceo. El mago Merlín le había regalado unas pastillas que le permitían meterse al agua a cualquier profundidad y respirar como si fuera pez.

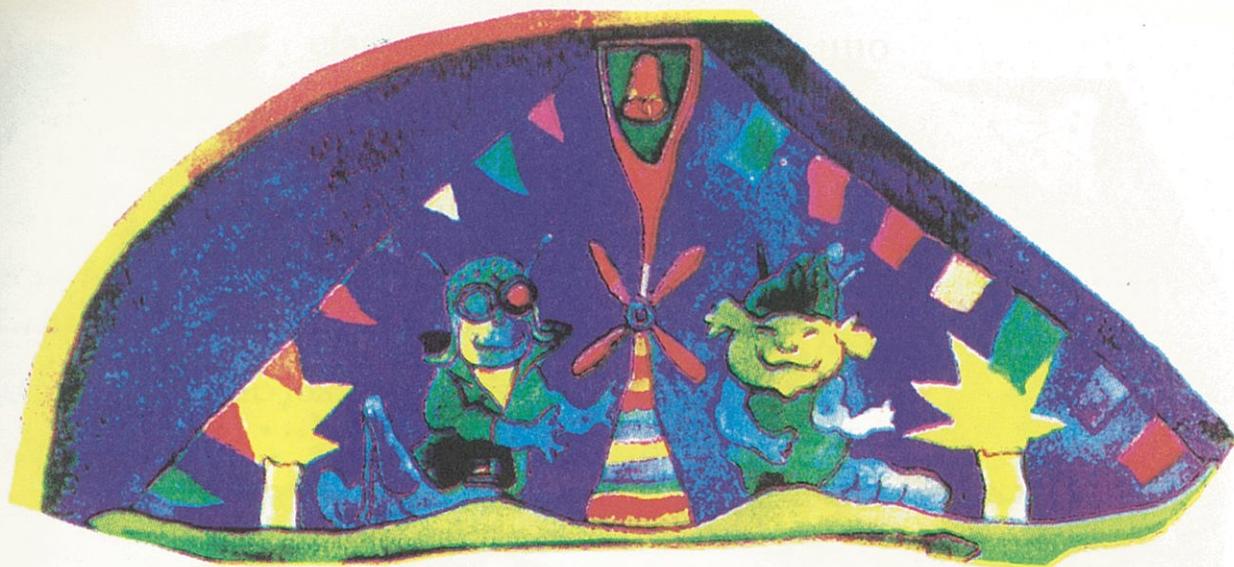
El lago se parecía a todos los lagos; pero era extraño.

Hacia millones de años había sido parte del mar. Un día se le ocurrió a unas olas jóvenes y alegres conocer los bosques y las montañas, y se fueron entrando, entrando en la tierra, hasta descubrir el hermoso sitio donde ahora estaban, y de ahí ya no quisieron irse y se convirtieron en lago.

Por haber sido parte del mar el lago conservaba muchos animales y plantas que sólo vivían en el agua salada. Eran tantos los peces de colores que nadaban como flechas entre las piedras y las algas y los árboles (porque en el fondo del agua también hay montañas y árboles) que no dejaban ver lejos.

Pirrimplín ya conocía casi





todo el fondo del lago y los animales grandes no le hacían daño; les caía en gracia verlo navegar en una hoja de plátano, pasear montado en los caballitos de mar cuando hacían competencias de carreras, o meterse en las cuevas de los pulpos para rascarles la barriga a cambio de tinta para escribir. Porque has de saber que los pulpos son escritores, y dibujan; siempre llevan un tintero en la panza y cuando no encuentran papel escriben y dibujan en el agua.

Pirrimplín andaba vagando en los tupicorales cuando descubrió la entrada de una corriente de agua se metía. Se acomodó y bien agarrado, se dejó llevar.



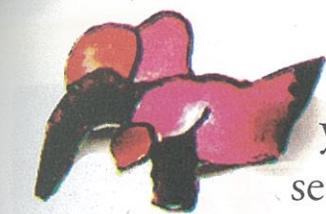
dos bosques de túnel por donde dó en una

Pasó un largo rato. Había poca luz y no se veía plantas ni animales. El túnel se iba ensanchando, ensanchando, y de pronto desembocó en una gruta más grande que cinco estadios juntos. Unos bultos del tamaño de tres elefantes o dos ballenas se movían como si les costara mucho. Se escuchaba una especie de murmullo, igual que cuando se habla bajito, sólo que ronco y parejo: mmmmmmmmm.

Eran puros dragones y ha-

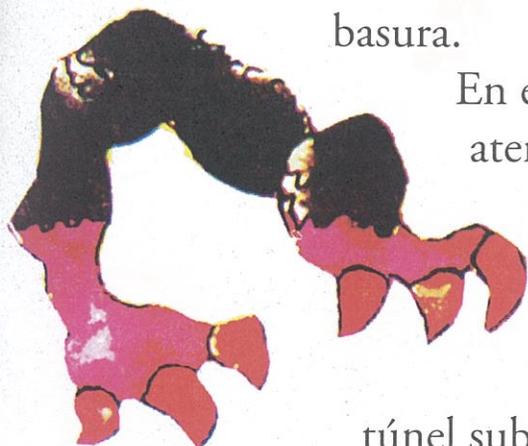






cían gimnasia diariamente: uno y... dos y... tres y... Otros se afilaban los colmillos y las garras, y otros luchaban para fortalecer los músculos. Otros dormían, rascándose la barriga llena de alacranes (porque los alacranes son las pulgas de los dragones).

La caverna apestaba a azufre y a basura.



En el lago, los caracoles se aterrorizaron al saber que

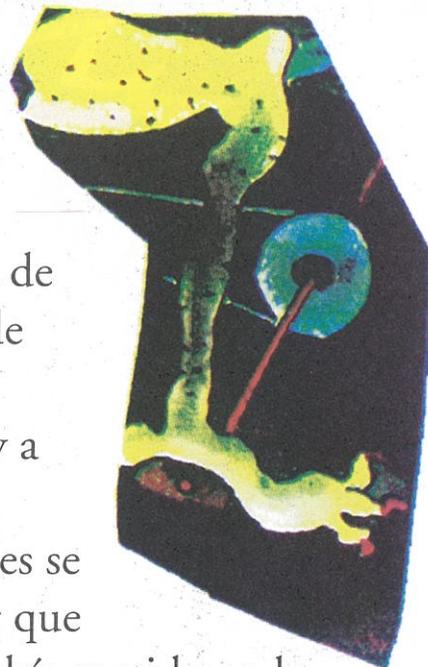
Pirrimplín se había metido en la caverna. La caverna era un criadero de dragones. Apenas estaban bien crecidos se iban quién sabe a dónde por un

túnel subterráneo y sólo regresaban para morir, cuando ya estaban muy viejos.

Los caracoles, que sabían muchas cosas, decían que los dragones eran de una vieja horrorosa que a veces llegaba a visitarlos.

A Pirrimplín se le fue el resuello del susto.

—¿La bruja Escaldufa?  
—preguntó en voz que casi no se oía.





*La bruja Escaldufa tenía muy mal corazón y era muy fea*

—Sí, sí... Así se llama —le contestaron los caracoles.

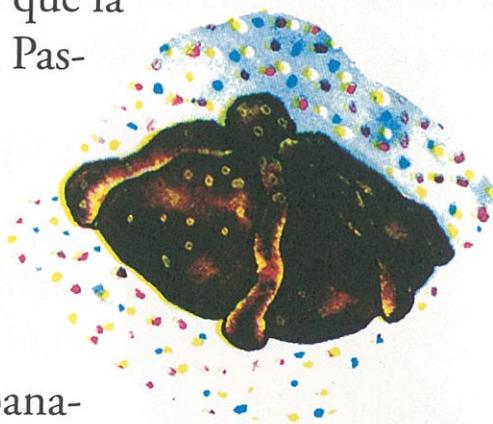
Pirrimplín salió volado a contarle a Pascualito su descubrimiento. Los dos pensaron en lo mismo: comunicárselo al mago Merlín.

Y en ese momento le enviaron informes por paloma mensajera.

De seguro querrás saber por qué la bruja Escaldufa odiaba tanto a Pascualito y a Pirrimplín.

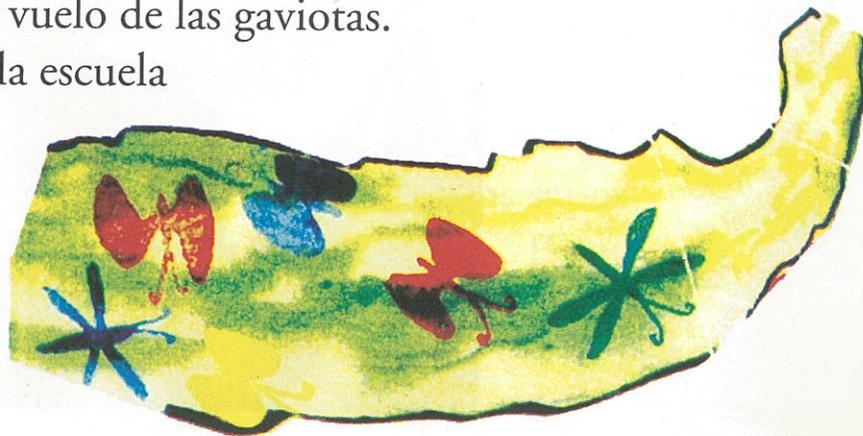


Pues te cuento que en el lago donde se encontraba la lechuga de Pascualito existió la Isla Feliz, cubierta de bosques y flores, y árboles de naranja, limón, bananos, cerezas, duraznos, peras, manzanas, piñas, guanabas, mangos, mameyes, árboles que daban leche malteada, nueces de la sabiduría... Inmediatamente después de comer esas nueces uno sabía aritmética, gramática, historia, geografía, terapéutica, acrimonia y otras ciencias.



En la isla no había casas ni mercados ni policías ni luz eléctrica ni teléfonos ni escuelas. Las reuniones se hacían bajo los platanares, en la playa, para que se escuchara bien el rumor del agua y el canto de los pájaros, y para ver el vuelo de las gaviotas.

Los chicos iban a la escuela tres días al año. Los maestros tenían siete, ocho, nueve y diez años de edad.



El primer día enseñaban que se puede caminar a la izquierda, a la derecha o quedarse donde uno está, si le da la gana. Todos sacaban cien en los exámenes.

El segundo día enseñaban que se puede caminar hacia arriba o hacia abajo, o quedarse donde uno está si le da la gana. Todos sacaban cien en los exámenes.



El tercer día enseñaban que todos eran iguales, si querían, o no eran iguales, si no les daba la gana. Y también se enseñaba que hay que dar porque lo lindo es tener menos. Todos sacaban cien en los exámenes.

Al otro día empezaban las vacaciones, que duraban el resto del año.

Se trataba entonces de jugar. Había para



escoger entre cinco mil doscientos catorce juegos; pero cualquiera podía inventar uno nuevo.

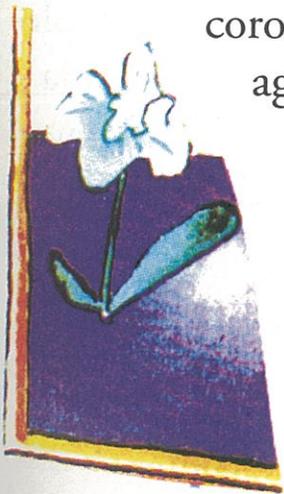
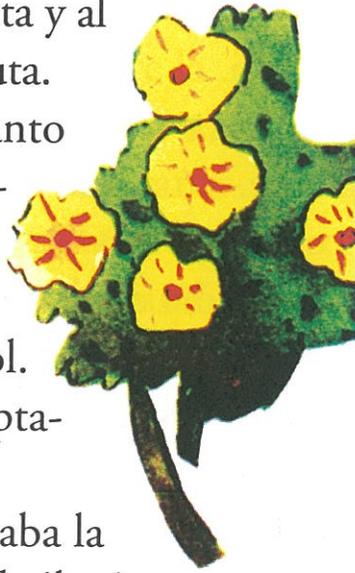
La isla contaba con campos donde cabían a la vez veinte equipos de fútbol y diez equipos de basquetbol. Cada año había olimpiada. Al primer premio le daban una canasta de fruta, al segundo dos canastas de fruta y al tercero tres canastas de fruta.

Los isleños se reían tanto que los pájaros reclamaron y se juntaron todos en las playas para cantar al amanecer y al caer el sol. Hasta a los grillos los aceptaron en el coro.

A los isleños les encantaba la música, no sólo la que se baila sino la que se oye; especialmente los coros.

Construyeron tres grandísimos estanques para los sapos. En uno estaban los que cantaban bajo; en otro los que cantaban alto y en otro los de enmedio. Un ruiseñor se paraba en una piedra y dirigía el

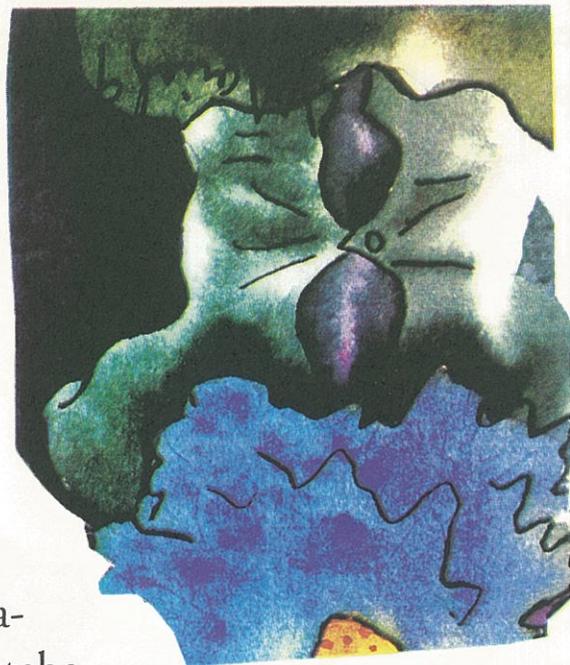
coro. Se oía muy bonito y los sapos salían a agradecerle al público sus aplausos: cro... cro... croá... croá... Por puro agradecimiento, la gente les regalaban muchas cosas sabrosas a sus amigos los sapos y querían llevárselos a su casa. Pero los sapos estaban encariñados con sus estanques.



Una vez le preguntaron a todos los isleños qué era la felicidad y respondieron que no sabían.

Pero no tienes idea de lo que pasó: un día llegó a la isla Cachicuerno. No quería jugar ningún juego; nunca regalaba nada. A todo le encontraba defectos. Era chismoso. En los juegos de fútbol agarraba la pelota y no se la pasaba a nadie.

Los isleños trataron de corregir a Cachicuerno; pero fue inútil. Cada día estaba peor.



Entonces le regalaron un barco de vela con un motor semprónico de los que les ponen a los automóviles de carrera; se lo llenaron de comida y dulces, le dieron un perico para que no se sintiera tan solo y lo echaron de la isla.

Pero esa noche hubo tempestad y el barco se hundió. Cachicuerno se hubiera ahogado si no lo salva un plesiosaurio de los que tenía la bruja Escaldufa; porque has de saber que Cachicuerno era su ahijado predilecto. Nunca se había puesto la bruja más furiosa. Por la boca le salía una baba verde y un vaho amarillo. Estaba tan furiosa que hasta se mordió las manos.



En redes cargadas por tecolotes, murciélagos, zopilotes, buitres, cuervos, lechuzas y águilas descalzas, atrapó a todos los habitantes de la Isla Feliz y se los llevó a su cueva.

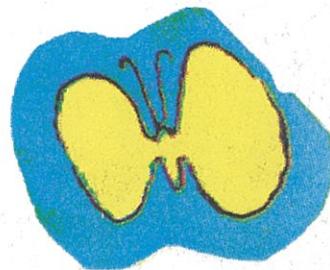


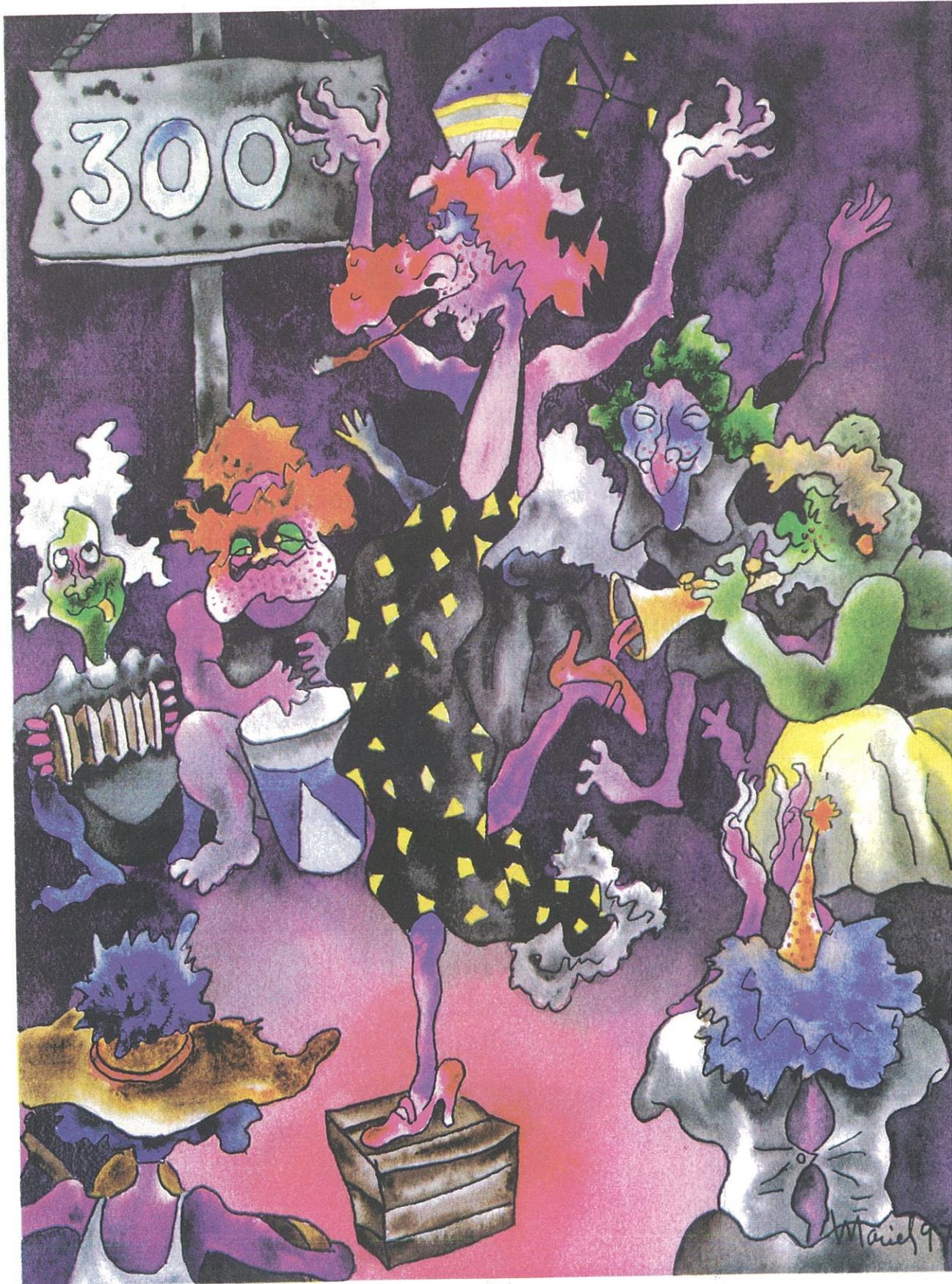
La bruja Escaldufa voló en su escoba sobre la Isla Feliz ya desierta, y lanzando una cargada siniestra le tiró una bomba atómica y huyó, dejando atrás un chorro de vapor color zanahoria.

Momentos después de estallar la bomba sólo quedaban girando en los remolinos del agua hojas muertas, una cáscara de la fruta del árbol de la sabiduría y unos patitos que piaban buscando a su mamá.

\*

Ese día la bruja Escaldufa cumplió trescientos años y ya la estaban esperando en su cueva. Grande era la fiesta. Las aprendices de bruja





*A la bruja Escaldufa se le agió la fiesta de sus 300 años*



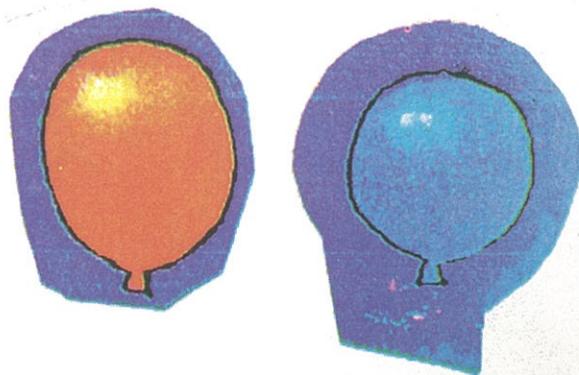
preparaban el banquete; todas eran bizcas, tenían seis colmillos y chillaban como gatas con hambre.

Humeaban las panzudas ollas de hierro y las salsas ya casi estaban listas, con sudor de araña, ponzoña de víbora, saliva de pantera, babas de hiena, piojos colorados, mocos de rinoceronte, lágrimas de lechuzas, hierba de cementerio, polvos de hueso y caca de marrano viejo.

Los isleños estaban en jaulas donde apenas podían moverse y miraban con tristeza las ollas donde iban a cocinarlos.

De pie en una repisa que dominaba la cueva, la bruja Escaldufa dirigía a las aprendices como quien dirige una orquesta. La risa de satisfacción la hacía mostrar dientes verdosos y los afilados colmillos.

Los animales horribles que eran parte de la magia negra graznaban y rugían y chillaban. Centenares de murciélagos zumbaban al surcar el aire a toda velocidad. Uno le pasó a Pascualito a dos dedos de la nariz.



Porque como sin duda ya lo adivinaste, Pascualito se encontraba ahí. Pero era tan pequeño que lo dejaron olvidado detrás de una olla.

De pronto notó que junto a él se movía un bultito. Le preguntó quién era y una vocecita le contestó:

—Yo. —¿Y quién es yo? ¿No tienes nombre? —Le contestaron moviendo la cabeza que no.

Pascualito examinó bien a su vecino.

—Bueno, pues te llamarás Pirrimplín. ¿Te gusta?

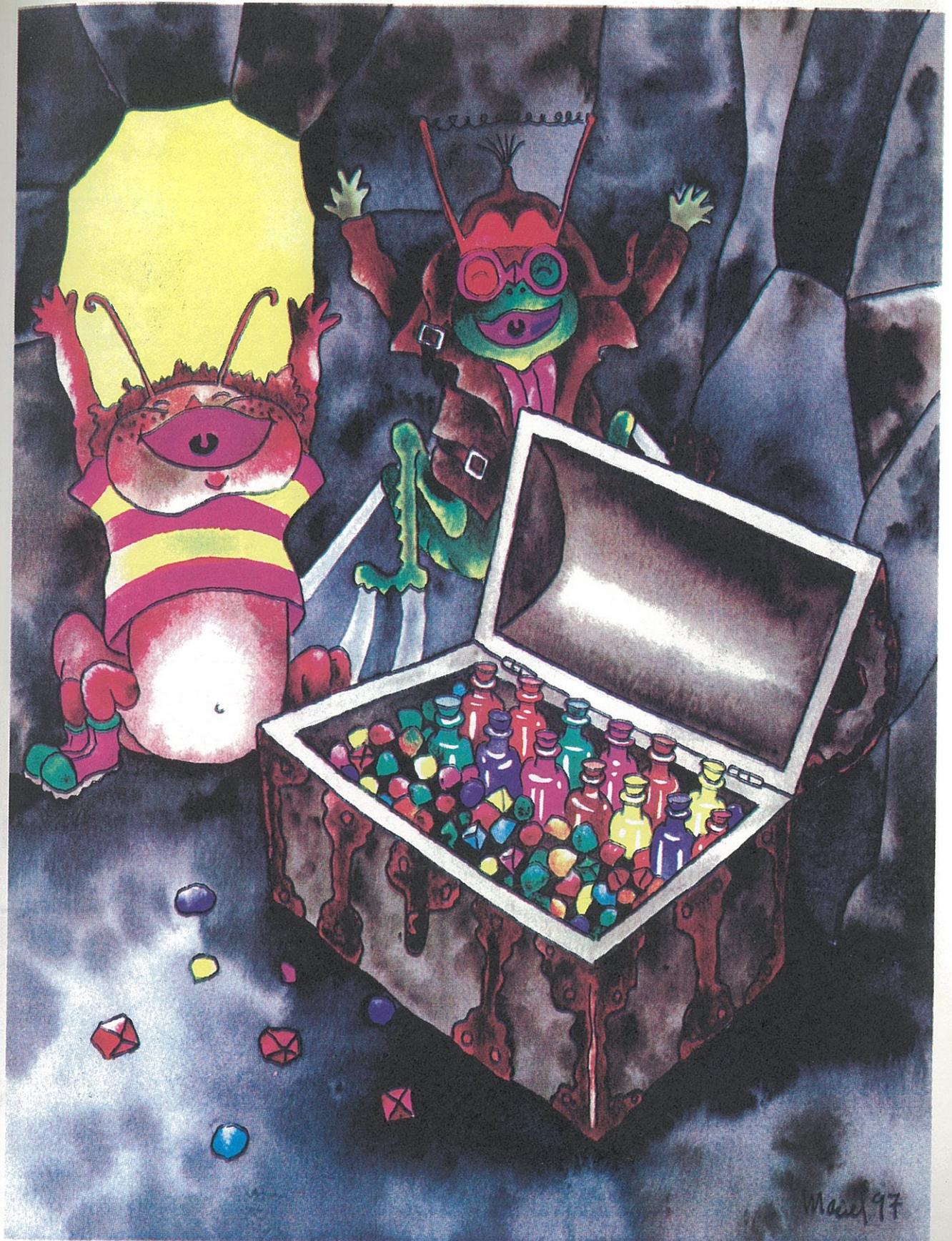
—Es nombre de payaso, pero me gusta.

Y así comenzó una amistad que iba a durar para siempre.

Pascualito y Pirrimplín pensaron en la forma de escapar de ahí. Eran muy pequeños, pero muy listos y siempre buscaban la manera de resolver las dificultades, por difíciles que fueran. Y comenzaron a pensar.

Exactamente arriba de donde se encontraba la bruja agitando las manos flacas y uñudas para dirigir las labores de la cocina había una repisa con una calavera encima. La calavera estaba llena de pedazos de la piedra filosofal, que es pesadísima.



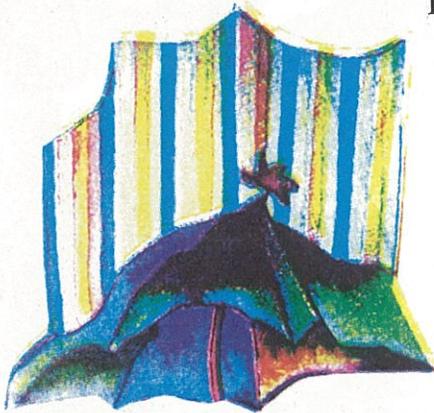


*Pascualito y Pirrimplín se quisieron mucho desde que se conocieron*

Pascualito fue el encargado de untar sebo de jabalí y aceite de ballena en la tabla donde estaba parada la bruja; a Pirrimplín le tocaba empujar la calavera hasta la orilla de la repisa donde se hallaba. Pascualito terminó primero y subió a ayudar a Pirrimplín.

Todo estaba listo. No faltaba sino la última parte del plan. Entre los dos pusieron la calavera en la mera orilla de la repisa y contaron: una... dos y... tres.

La calavera le dio en la cabeza a la bruja, que resbaló y se fue de espaldas hasta el suelo.



Un alarido recorrió la cueva. Luego la gente los animales se agitaron como si se hubieran vuelto locos.

Entraron los dragones que cuidaban la puerta a enterarse de lo que sucedía, y ¿sabes cómo hicieron? Uaf... uaf...

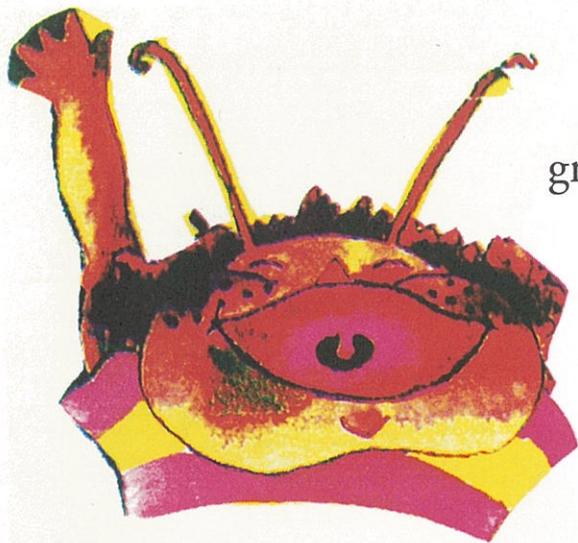
Pascualito y Pirrimplín se deslizaron junto al muro hasta la puerta y echaron a correr lo más ligero que podían. Detrás de ellos huyeron también los isleños, a quienes las aprendices de bruja ya tenían listos para echarlos a las ollas.

Al darse cuenta de la fuga, las brujas, los dragones y los animales malignos corrieron en persecución de los isleños.





*Las Alias no tenían cuerpo, sólo plumas*



En ese momento cayó una niebla tan espesa que no se podía ver ni de aquí a donde estás tú, y un Alia, con gran primor, se llevó a Pascualito y a Pirrimplín.

Volaron y volaron; hasta que el lago se divisó allá abajo, con la motocicleta atómica de Pirrimplín frente a la lechuga de Pascualito. ¿Cómo había llegado la moto hasta ahí? Magia;

pura magia.

Porque como comprenderás, todo esto no podía suceder sin la intervención del mago Merlín, la sombra buena, el mejor amigo de Pascualito y Pirrimplín, que además eran débiles y chiquitos. El Alia los puso suavemente en tierra y en un instante voló tan alto, tan alto, que sólo parecía un arroz en el cielo.

Por la caída, la bruja Escaldufa quedó aún más fea de lo que era.



le aplastó la nariz, se le cerró un ojo, una de sus orejas parecía remolacha, se le torció el pescuezo y una nalga se le puso verde con puntitos celestes. De la pura cólera no hablaba; no comía; sólo un rugido le salía de la boca: grrrrr...

Clavó una foto del mago Merlín en el muro y se pasaba el día ensañándosele puñales y echándole por la ventana la zoña de árbol de la noche triste; éste es un árbol plantígrado y sirve para qu



los que andan tristes se sienten abajo y se pongan a llorar sin consuelo.

Para curar a la bruja Escaldufa hubo una junta internacional de brujas. Llegaron representantes de

Francia, Holanda, Canadá, Indonesia,

Tombuctú,

Marrakech,

Guatemala,

Cuba, Alopesia,

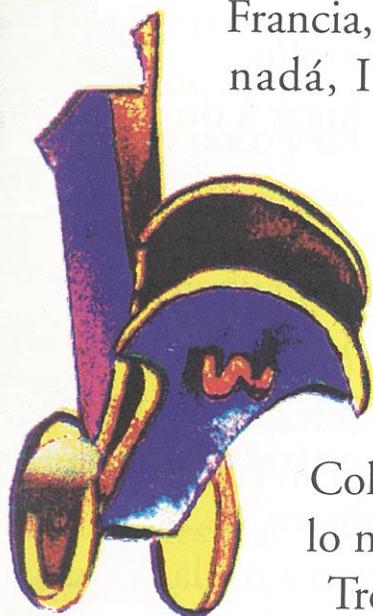
Tremebundia, Koli-

hua Ching, Chinghua Liko, Ortopedia,

Colombia, la India, La Pinta... Para qué te cuento: lo más notable de la magia negra en el mundo.

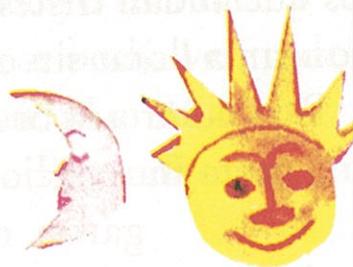
Tres días con sus noches duró la reunión. Por fin recomendaron a la bruja Escaldufa una cirugía plástica, o sea eso de que los doctores lo ponen a uno más bonito de lo que era y le cobran dinero hasta dejarlo más pobre de lo que es. Pero ella quiso que la conservaran tal y como estaba, porque dijo que nadie puede temer a las brujas bonitas.

Además, la reunión internacional de brujas le dejó a su compañera un papel con una fórmula para combatir y aplastar a sus odiados enemigos: el mago Merlín, Pascualito y Pirrimplín.



Te gustaría saber qué decía, ¿verdad? Sí; pero no se cuenta porque es secreto.

\*



Una mañana llegó Pascualito a buscar a Pirrimplín para ir de pesca. Se lo encontró saltando de un lugar a otro y haciendo maromas.

—¿Pero qué te pasa?



¡Una herencia, una herencia! —canta Pirrimplín.

El mensaje había llegado de Kotulj. Les costó encontrar el nombre en el mapa; quedaba en las selvas de Huehuetenango a orillas de un río grande. Cerca se leía: «Zona desconocida».

Fue suficiente para entusiasmarlos. Consiguieron chocolates, una gran bolsa de poporopos —de los que se comen en el cine para molestar con el craquido a los vecinos—, helados de tres sabores, jugo de piña, mangos y otras comidas.

También llevaron tijeras, un cuchillo, un destripador de semillas de melón, un rompecabezas de trocitos para armar, veinte cajitas de gomas de mascar, un manual de magia y otros objetos útiles, de esos que no sirven para nada.



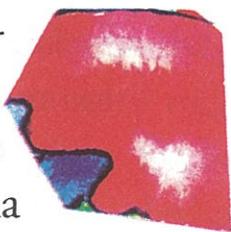
Pero lo más importante era el par de trajes de punciotileno. El punciotileno es un material recién inventado por los sabios de la Universidad de Prílep; son tan sabios que ya ni comen.

A los trajes no les entraba el agua, el fuego, el aire, el frío, el calor, los balazos, las puñaladas, los lanzazos, los aruños, los macanazos, los rayos, los insultos.

Pesaban muy poco y cabían en una mochila azul como las que usan las niñas y los niños para ir a la escuela.



Llevaban también algunos otros productos inventados por los sabios de la Universidad de Prílep: una pasta de dientes inacabable, zapatos inacabables, un peine que daba luz y mataba mosquitos y rascaba



solito la espalda y endulzaba el agua si se le metía dentro (claro que si no se metía en el agua no la endulzaba).

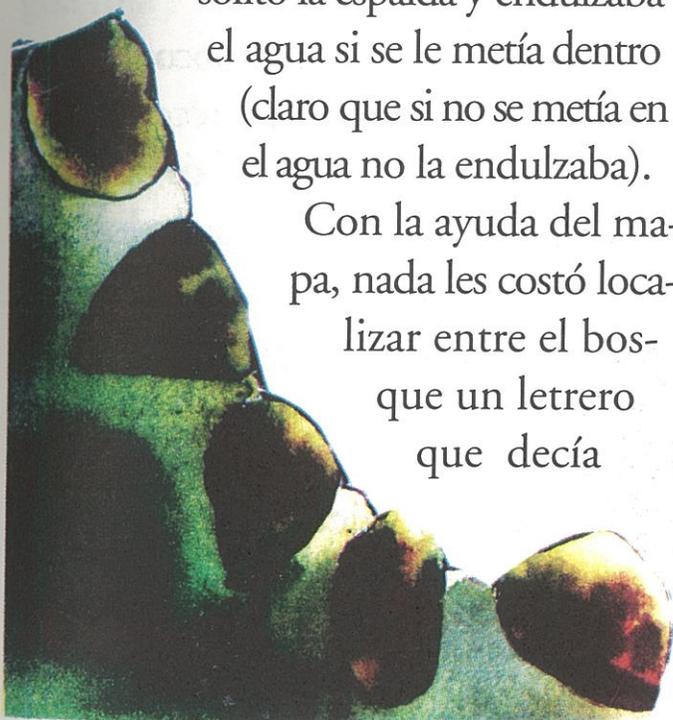
Con la ayuda del mapa, nada les costó localizar entre el bosque un letrero que decía

Kotuljá, medio borrado por los aguaceros y por las cagadas de los pájaros.

Junto al letrero pusieron la motocicleta atómica y el equi-



paje. Estaba muy gordo; a lo mejor los vecinos iban a pensar que Pascualito y Pirrimplín llegaban a abrir una tienda o a cambiar espejitos por plumas o pepitas de oro.

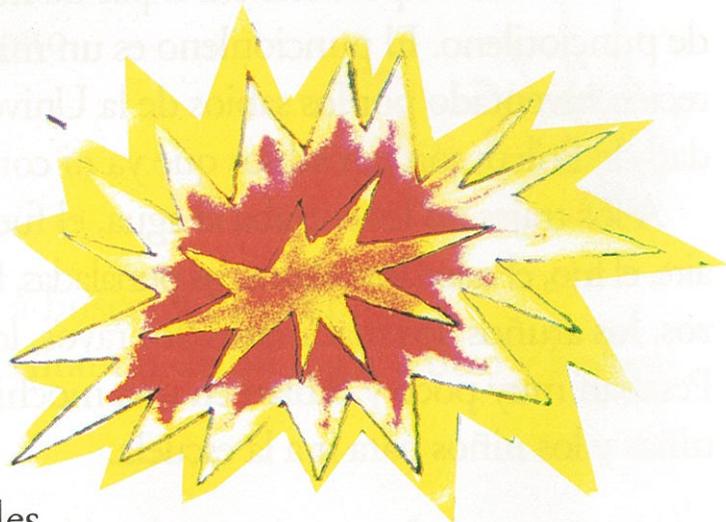
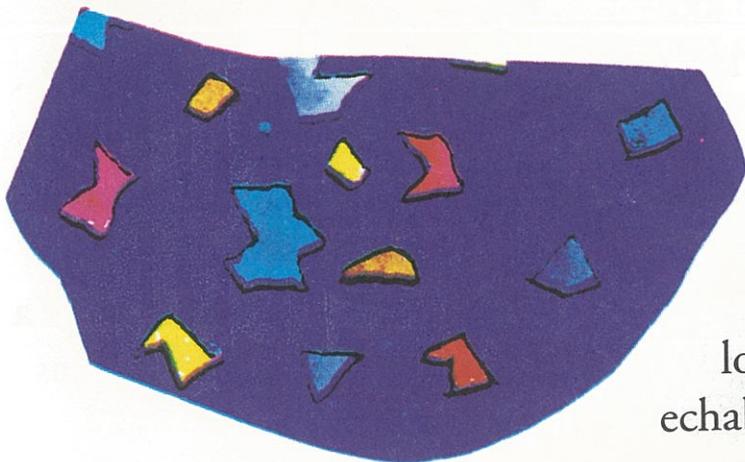




Desde las ramas de los árboles y sin dejar lo que estaban haciendo los miraban sin ninguna curiosidad los loros y los monos. Las monas espulgaban a sus monitos y los loros platicaban en voz baja; el ruido que hacían se asemejaba al craquido de las galletas cuando se rompen: *crec crec crec crec...*

Pirrimplín —que como heredero era el más importante de la excursión— saludó cordialmente:

—Buenos días.



Desde arriba le contestaron los monos y los loros:

—Buenos días.

Llegó la noche y poniéndose su traje de punciotileno, se durmieron hasta que los despertó el canto de los pájaros saludando al sol recién nacido.

El segundo día tampoco pasó nada. Se entretuvieron recordando el nombre de los árboles de Kotuljá: cedros, caobos, ceibas, palo blanco, kusumasmoros -los árboles más grandes del mundo.

Se pusieron otra vez su traje mágico y se durmieron hasta la medianoche, cuando los despertaron cuatro ojos que echaban chispas.



Se acercaron hasta que parecían lámparas. Los ojos de fuego pertenecían a dos sombras del alto de un toro. Eran tigres y comenzaron a oler a los extraños. De pronto se les echaron encima para despedazarlos. Rugían y mordían y arañaban, y nada: los trajes de punciotileno inventados por los sabios de la Universidad de Prílep resistieron perfectamente.



La siguiente noche fue la noche del oso polar, un animal de cinco metros de altura, mucho más grande que los de los jardines zoológicos. Ése llegaba directamente a comérselos; los quería deshacer con sus manazas, les quería destripar la cabeza a puñetazos.

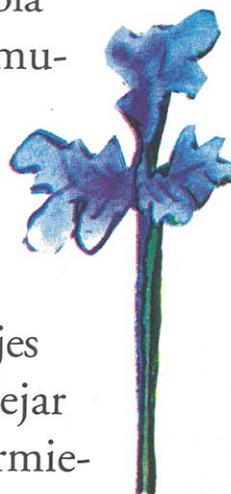


Cuando abría las fauces para morder asomaban sus cuatro filas de dientes blancos y al medio la lengua roja y húmeda.

De pronto el oso polar dio un espantoso rugido y, moviendo la cabezota de uno a otro lado, se internó en la selva. Se le había roto un colmillo y tendría que ir al dentista; eso le daba mucha cólera, y algo de miedo.

Pirrimplín y Pascualito decidieron trasladarse a algún otro sitio para dormir mejor la cuarta noche.

En el río encontraron una especie de balsa bien pegada a la orilla. Ahí colocaron su equipaje, se pusieron sus trajes de punciotileno, encendieron una pequeña hoguera para alejar a los moscos azules –unos que pican muy duro– y se durmieron.





A media noche sintieron algo raro y se despertaron. La balsa se movía, se movía y comenzó a partirse, como si los troncos flotaran cada uno por su lado. Pero resulta que no eran troncos sino cocodrilos, que dormían juntos para acompañarse.

Pascualito y Pirrimplín juntaron a la carrera sus cosas y aprovechando que el más grande de los cocodrilos aún tenía la cola en tierra, lo utilizaron como puente y escaparon. Casi sin respiración llegaron otra vez al letrero que decía Kotuljá y ahí se acurrucaron; unos monos se asomaron a verlos y siguieron durmiendo.

\*



En cuanto amaneció, balanceándose cogido de una liana, Sagán el Arboledo cayó de pie junto a Pascualito y Pirrimplín. Estaba casi desnudo, como Tarzán, y reía con todos sus hermosos dientes.

Sagán el Arboledo vivía con su mujer Aspirina en unos nidos, entre la copa de los kusumasmoros y los invitó a irse con él. Una escalera mágica subía hasta allá con rapidez de cohete. De los nidos se podía ir tranquilamente a otros árboles sin bajar a tierra.

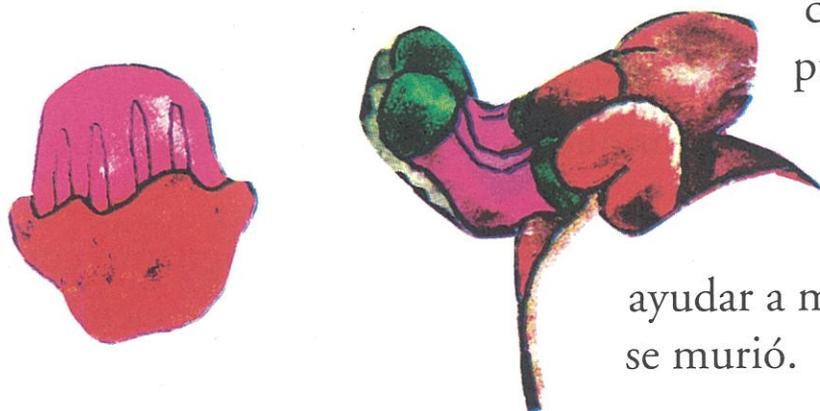


Aún pasaron otros dos días sin que Sagán el Arboledo dijera algo. Finalmente, en silencio entregó a Pirrimplín un arcón de madera con adornos de plata y su llave de bronce.

—Aquí está tu tesoro —dijo.

Pirrimplín lo abrió y lanzó un grito de alegría. Estaba lleno de piedrecitas de todos colores y de trece frascos de cristal con sus nombres.

—Éstos son los Polvos de la Maravilla —dijo Sagán el Arboledo con respeto—. Su dueño puede hacer con ellos mucho bien. Tu señor abuelo Volán quería recorrer el mundo para ayudar a muchos; pero de repente se murió.

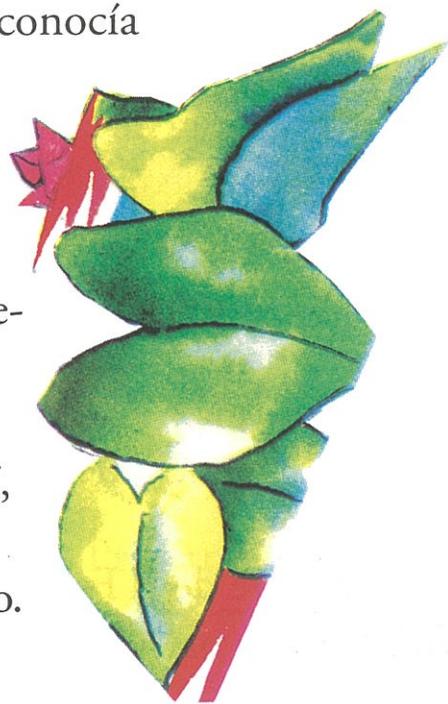


Sagán el Arboledo les contó del abuelo Volán. Siempre fue viejo porque nació para abuelo. Desde lejos se le reconocía por su pelo blanco y sus ojos con chispas.

Ochenta años estuvo buscando la Fuente de la Felicidad y por fin la encontró. Pero nunca dijo dónde, para evitar que le construyeran enfrente un hotel de turistas o la dividieran en parcelas para venderla.

El sólo la quería para escuchar cómo corría el agua. También para acostarse de espaldas por ahí, cerrar los ojos y sonreír hasta que llegara el sueño.

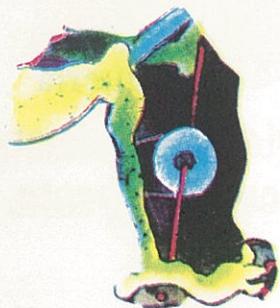
Porque has de saber que la sonrisa llama al sueño.





El abuelo Volán nunca tuvo casa; se quedaba donde le cogía la noche y era amigo de todos los animales. Hablaba con ellos en lenguajito.

—El testamento donde te deja el arcón maravilloso está escrito en lenguajito —dijo Sagán el Arboledo, y le entregó un papel de corteza de árbol. Pirrimplín leyó:



«Jode a mi dorique tonie Plinrrimpi tees rosote. Lanvo.»

Sagán el Arboledo explicó que el lenguajito consiste en hablar con las sílabas al revés. Por ejemplo «jode» es «dejo»; «tonie» es «nieto», «Plinrrimpi» es «Pirrimplín». —En un momento, tú puedes aprenderlo le dijo. —Por ejemplo: Lola se dice Lalo; Pedro se dice Drope y María es Arima. Es fácil ¿verdad? Luego hablas en lenguajito con tus amigos y nadie los va a entender.

Llegó la hora de las despedidas. Los dos excursionistas le regalaron a Sagán el Arboledo y a su mujer Aspirina los trajes de punciotileno, que sin duda les serían muy útiles en la selva, y ellos les dieron lo único que tenían: un nido con dos huevitos de golondrina.



—¿Qué quiere decir Kotuljá? —preguntó Pascualito.

—Fuente de la Felicidad —dijo Sagán el Arboledo, y prendiéndose de su liana tomó impulso y



desapareció entre las altas ramas del kusumasmoro.



\*

Cuando regresaron de su famosa expedición a la selva, Proserpina había adornado con flores la lechuga y la casita de Pirrimplín. Les había hecho seis pasteles a cada uno, de lo que más les gustaba. Bueno, no los había hecho ella sino sus muñecas.

Porque has de saber que Proserpina tenía cuatro muñecas: Morena, Anaité, Araí y Ané Garfunkelfefer (en honor al sabio astrónomo amigo de Pascualito): una indita, una rubia, una chinita y otra negrita.

Eran muy amigas y pasaban el día jugando con muñecas. Estas muñecas tenían a su vez otras muñecas y todas cabían en un cuarto adornado con campanas y animalitos de juguete y flores de pascua y un alebrije y serpentinas enmarañadas.



Ané Garfunkelfefer estaba enamorada de Pirrimplín y se quería casar con él; pero Pirrimplín aún era pequeño y le gustaba menos ella que su motocicleta atómica.

Las cuatro muñecas de Proserpina (ella les decía Muñe) casi nunca hacían pasteles porque se la pasaban jugando.





Sólo por tratarse del regreso de Pascualito y Pirrimplín, esta vez hornearon los doce pasteles y a cada uno le pusieron encima el nombre con turrón.

Esa noche comieron hasta que la panza les sonaba como tambor. Pirrimplín se quedó a dormir en la lechuga de Pascualito (donde había sido la fiesta).

Pero figúrate que en la madrugada llegó Proserpina con el pelo parado, los ojos como tomates de tanto llorar; la voz apenas le salía de la garganta. Le dieron agua de brasas y jarabe de mípalo para calmarle la angustia, y apenas se serenó les dijo lo que había sucedido.

El huerto de las naranjas de oro era un verdadero desierto de arena. Del río quedaba el cauce con esqueletos de peces y cangrejos panza arriba. Las mariposas se detenían suspendidas en el aire porque abajo todo ardía y ya no tuvieron donde posarse.



Sobre las piedras, algunas lagartijas, con la mirada muy triste, sacaban la lengua como queriendo relatar lo que había sucedido.

El huerto de las frutas mágicas que tanto se asemejaba al paraíso ya no existía.



Los tres estuvieron inmóviles mucho tiempo, hasta que Proserpina se puso mal de nuevo. Entonces se acordaron de los Frascos de la Maravilla y Pirrimplín corrió a buscar los polvos que curaban esas angustias.



Regresó pálido y callado. ¿Y sabes por qué? Porque el Arcón de las Maravillas había desaparecido. En su lugar quedaban huellas de uñas y un tufo a pelo quemado.

Los tres se instalaron en la motocicleta atómica y fueron en busca del mago Merlín, que escuchó atentamente la historia mesándose la barba.

—La magia es muy poderosa; pero hay algunas cosas que no puede hacer —explicó—. Por donde habita el enemigo y rías. Debe haber algún modo nozco.



ejemplo meterse en el lugar donde prepara sus brujerías; pero no lo conozco.

Proserpina y sus amigos dijeron que estaban dispuestos a hacer todo lo que el mago Merlín ordenara y quisieron ayudar de alguna manera.



—Es muy peligrosa la situación —continuó el mago—. Si la bruja Escaldufa se entera de alguno de los preparativos, puede destruir los Polvos de la Maravilla o transformarlos exactamente en lo contrario y hacer daños horribles en el mundo entero.

Proserpina y sus amigos estaban verdaderamente espantados.

—Necesitamos dos años para encontrar la solución. Mientras tanto ustedes no podrán salir de su casa ni verse ni comunicarse, ni siquiera por teléfono o por paloma mensajera. Si alguien quiere verlos, no contesten ni abran la puerta. Si oyen linda música o tiernas voces que los llaman, échense cera en las orejas y no hagan caso. Ésa es la mejor manera de ayudarme.

El mago Merlín les dio a cada uno una tela de araña casampulga para que recubrieran completamente el interior de su casa. Esta tela era un secreto del mago y por sus cualidades se parecía al punciotileno, con la diferencia de que el mago la había inventado hace trescientos años, cuando la Universidad de Prílep era todavía un campo donde pastaban los búfalos.

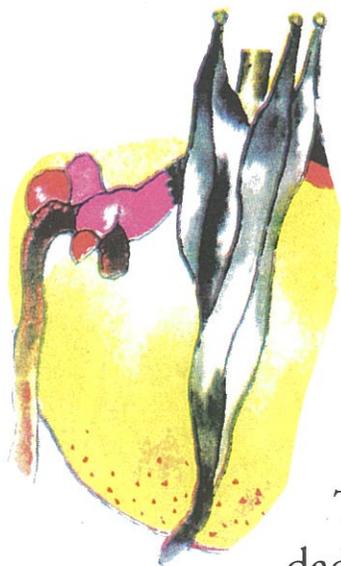
A la orilla del lago, Proserpina, Pascualito y Pirrimplín se despidieron llorando porque tendrían que separarse por dos años, o sea veinticuatro meses, o sea setecientos días. Es demasiado tiempo, sobre todo para los que se quieren mucho. No hay cosa más triste que estar lejos de lo que uno quiere.



El mago Merlín trabajaba noche y día. Líquidos de varios colores hervían en los frascos. Unos polvos que echaban rayos de luz se mezclaban con arenas traídas por las Alias del desierto del Sahara y soltaban un jarabe que el mago

Merlín guardaba en una botellita.

En un mapa anotaba distancias, nombres de pequeños y grandes poblados.

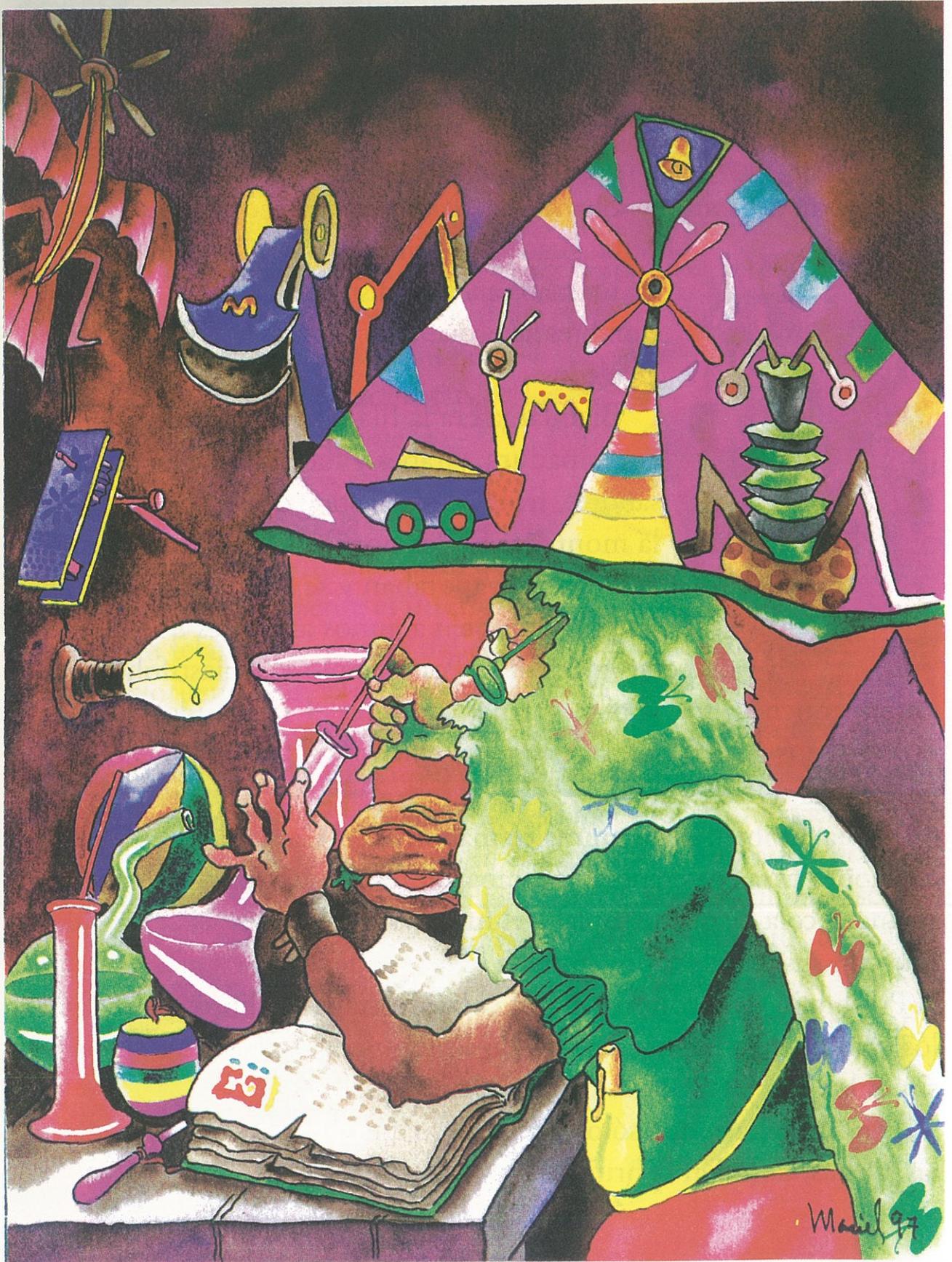


Bien larga era la fila de los botes de miel, azúcar, rapadura, jarabes y mermeladas de todos los sabores, frutas de la costa y de la montaña. En los hornos hervían unos líquidos que luego se evaporaban y se iban por las ventanas. Trabajaban también algunos animales que en realidad eran máquinas. Por ejemplo el Aplastifolio, que pesaba mucho y servía para aplanar caminos; el Tristépido, que por el dolor de sus cuatro callos derramaba chorros de lágrimas necesarias para fundir el cemento.

Había también otros animales/máquinas: el Cantábrico, que sabía canciones para entretener a los trabajadores; la Cachimblusa, quien con su ancha cola de petate soplabá el fuego en los hornos; la Contábrica, que con sus veinte dedos sumaba todo lo que había en el laboratorio; el Pintofalio, que con sus cuatro colas ilustraba los libros y dibujaba los planos; el Espufante, encargado de pulir con sus cuatro manos durísimas los ejes y las poleas de las otras máquinas.

Pero no se crea que sólo el mago Merlín trabajaba hasta quemarse las barbas; también la bruja estaba en lo mismo, sólo que al revés.





*El mago Merlín se alista para la guerra*

Aislada en una caverna en las faldas del Tacaná —un volcán que se cansó de hacer erupción porque nadie le hacía caso—, reunió una enorme cantidad de pócimas y pomadas y ácidos y venenos, y acompañada sólo por una lechuza viejísima y ya ciega, buscaba y buscaba y rebuscaba.



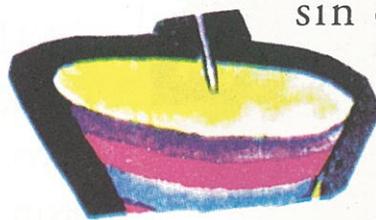
¿Y qué era lo que quería encontrar la bruja Escaldufa? La magia para convertir los Polvos de Maravilla en todo lo contrario: botarle el pelo a los peludos, dar un hipo que no deje volver feo y triste lo bonidicen la verdad aprendan y enmudecer a los que oyen, hacer repugnantes los bosques y los huertos bueno en todo el mundo.



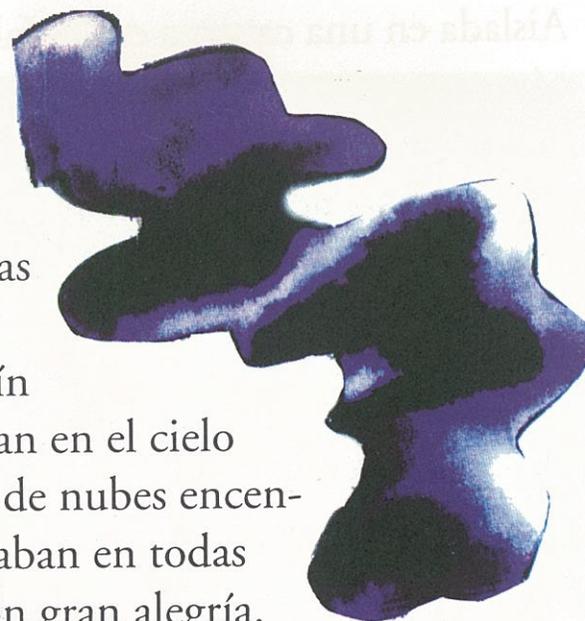
La bruja Escaldufa com- años para convertir los Polvos de Maravilla en Polvos del Mal, los mismos dos años que necesitaba el mago Merlín para evitar esa desgracia. ¿Y cómo iba a lograrlo? Recuperando en la cueva de la bruja Escaldufa el arcón heredado por Pirrimplín.

El pleito se hizo muy duro; faltaba muy poco para que ganara la bruja, y faltaba muy poco para que perdiera.

Pero una noche, el mago Merlín hizo el descubrimiento: reunir a todas las hormigas en los sótanos del castillo, entrenarlas como para competir en las grandes olimpiadas y enseñarles a entrar y salir de la cueva sin que la bruja o sus vasallos se dieran cuenta.



Reunió para alimento de las hormigas una cantidad colosal de azúcar que como sabes, da mucha fuerza; y también cerros de miga de pan. Porque habían acudido a ayudarlo todas las hormigas de la Tierra.



Esa noche el castillo del mago Merlín se llenó de fuegos artificiales, que hacían en el cielo flores y cataratas y remolinos y danzas de nubes encendidas. Los cohetes de colores se disparaban en todas direcciones y las campanas sonaban con gran alegría.

Cuando los espías de la bruja Escaldufa trataron de averiguar a qué se debía semejante fiesta, les dijeron que era el cumpleaños del mago Merlín y que habían llegado magos de muchos países a celebrarlo.

Las hormigas se cubrieron de polvo color de tierra donde iban a caminar. De día se quedaban quietas donde estaban y de noche avanzaban en filas interminables por una senda tan estrecha que no se veía ni a dos pasos.

Por fin la cabeza de la fila llegó a la puerta de la cueva, donde montaban guardia noche y día los cinco dragones más furiosos. Mientras

un grupo de hormigas rascaba las hojas cercanas para llamar la atención y poner nerviosos a los dragones, las demás fueron entrando en la cueva pegadas a la pared. Buscaron y buscaron, hasta encontrar el arcón maravilloso.

La bruja lo había escondido bajo un nido de alacranes; pero las hormigas regaron azúcar ahí y en lo que los alacranes fueron a comérselo, millones de hormigas



abrieron el cofre y colocaron los trece frascos de Polvos de la Maravilla en un ferrocarril de mil ruedas, que ya llevaban preparado. La máquina del tren era del tamaño de un sapo, pero por magia juntaba una fuerza fuertísima.



Las hormigas desparramaron en toda la cueva polvos para dormir, y por los ronquidos de las aprendices de bruja y de los animales malignos supieron que nadie se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

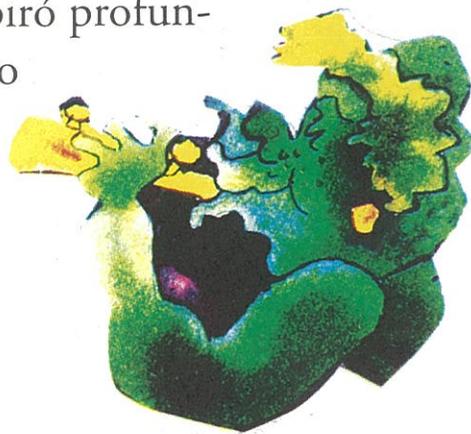


En un solo viaje se llevaron la carga.



Cerca del arcón, la guardia de alacranes no se podía mover, de tanta azúcar que se había hartado.

La bruja se dominó, respiró profundamente siete veces y estuvo siete días pensando sentada en su trono, con una cara como de piedra en medio del silencio de todos sus servidores.



Mientras tanto, esa misma noche la bruja descubrió la magia para convertir en malos los Polvos de la Maravilla. Loca de felicidad se montó en su escoba, abrió toda la fuerza de sus motores biónicos y en cuestión de minutos estaba en su cueva. Por muy poco encuentra a las hormigas en pleno trabajo.

A puros alaridos y golpeando con un mazo un platón de bronce, la bruja despertó a todos los dormidos y fue a buscar el arcón de Pirrimplín. Estaba abierto, y en lugar de las piedrecitas de colores y de los trece frascos de Polvos de Maravilla, encontró un montón de sapos y culebras.





Por fin se levantó, se tomó un jarro entero de leche de basilisco –el más furioso de los animales– y dijo:  
—Ésta es la guerra. Hay que acabar con el mago Merlín.

\*

El ejército se acercó con cuidado al castillo. Al frente iban los zopilotes, los buitres y los cuervos, organizados en nubes para que no distinguieran bien dónde venía el grueso de las fuerzas.

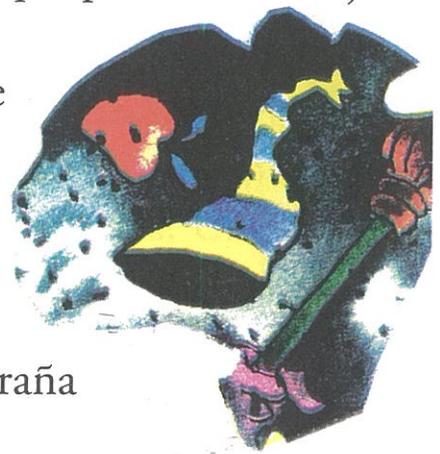
Seguían los pterodáctilos –la última docena que quedaba en el mundo–, los halcones y las águilas descalzas, que ya llevaban preparadas sus catorce garras y su pico de acero.

Luego, veinte mil búhos y veinte mil lechuzas cubrían la apretada fila de los dragones y a la legión de las aprendices de bruja. Arriba, abajo, a la izquierda y a la derecha de este poderoso ejército revoloteaban doscientos mil murciélagos, a los que la bruja había untado chile en el culito para enfurecerlos más.

De vez en cuando, el ejército entero daba un alarido que cubría la Tierra entera. Ya puedes imaginar el escándalo que producía semejante multitud enfurecida.

La bruja Escaldufa estaba en todas partes: de pronto aparecía a la vanguardia y de pronto volaba en redondo para vigilar sus fuerzas por todos lados.

El mago Merlín observaba al enemigo desde su torre inclinada y protegida por una tela de araña casampulga.



También él estaba preparado. Hasta ahora se daba cuenta de que ya no podían existir al mismo tiempo él y la bruja Escaldufa. Ella hacía daño, era mala, y en cualquier momento podía encontrar una magia negra capaz de destruir toda la bondad y la alegría y de volverlo todo feo.



El mago dispuso que veinte millones de hormigas formadas en una muy gruesa capa cubrieran totalmente los alrededores del castillo. Abajo de ellas estaban los pozos abiertos por los topos y los conejos.

Volando muy alto, detrás de las nubes que el mago amontonó con un solo movimiento de su varita, las palomas mensajeras detenían dos mil redes gigantes de punciotileno que Pascualito y Pirrimplín habían mandado fabricar a Prílep.

Las Alias no iban juntas sino en bandadas, igual que vuelan los pelícanos. Tú has visto los pelícanos sobre el mar, ¿no es cierto? Pues así, igual.

A los lados, arriba y abajo del ejército, archimillones de abejas y mosquitos nublaban el cielo zumbando con la fuerza de un mar.

Desde su alfombra mágica, el mago Merlín midió sus fuerzas y pensó que estaban bien.



\*

A las cinco de la tarde del viernes se encontraron los ejércitos; sonó como si cuarenta mil toneles de hierro chocaran con otros cuarenta mil.

Cada uno por su lado, la bruja Escaldufa y el mago



Merlín se hicieron invisibles para no exponerse a que los mataran o los hirieran. Porque en la guerra si falta el jefe se fregó la cosa.

Las Alias se encargaron de los dragones, que eran los más peligrosos enemigos. Les metían las plumas en los ojos, las narices y las orejas para hacerles cosquillas y les echaban jabón en las garras para que se resbalaran. Los dragones estaban furiosos y rugían uaff, uaff... Muchos cayeron en los pozos. ¿Sabes cómo sonó cuando tocaron fondo? Ploch...



Las palomas les picoteaban los ojos a los animales malignos y les silbaban furiosamente en los oídos para ensordecernos.

Cubriendo completamente a las aprendices, las abejas les picaron hasta ponerlas como camotes. No dejaron pedacito del cuerpo sin ensartarles su aguijón.

El mago Merlín tuvo que emplear sus artes más poderosas para que la bruja Escaldufa se volviera otra vez visible. La bruja se le fue encima, le quemó la barba con el fuego que le salía de los ojos y le arrancó una oreja de una mordida.

Y ahí mismo lo hubiera despedazado si de pronto no la cubren por completo las abejas olímpicas, que eran la selección nacional lista para cualquier competencia.

Por los cien mil agujeros que le abrieron en la piel se le fue saliendo a la bruja Escaldufa el poder y se quedó quieta en la escoba, convertida en una vieja narizona, desdentada y con las manos flacas, tranquilas. Unas manos sin uñas de gavián, que ya no hacían daño a nadie. El mago Merlín la cubrió con un rebozo para que no sintiera frío.



\*

La bruja Escaldufa sólo vive ahora en los cuentos y en los recuerdos. Se dedica a hacer dulces y bocaditos para las fiestas, y la ayudan sus antiguas aprendices, convertidas en espléndidas cocineras. Se cambió de nombre y la gente le dice “señora Caramela”.



Proserpina y Pascualito se casaron y son felices; el huerto mágico retoñó y está más bonito que antes porque Proserpina sembró las flores en el cielo y de ahí caen todas juntas a la Tierra.

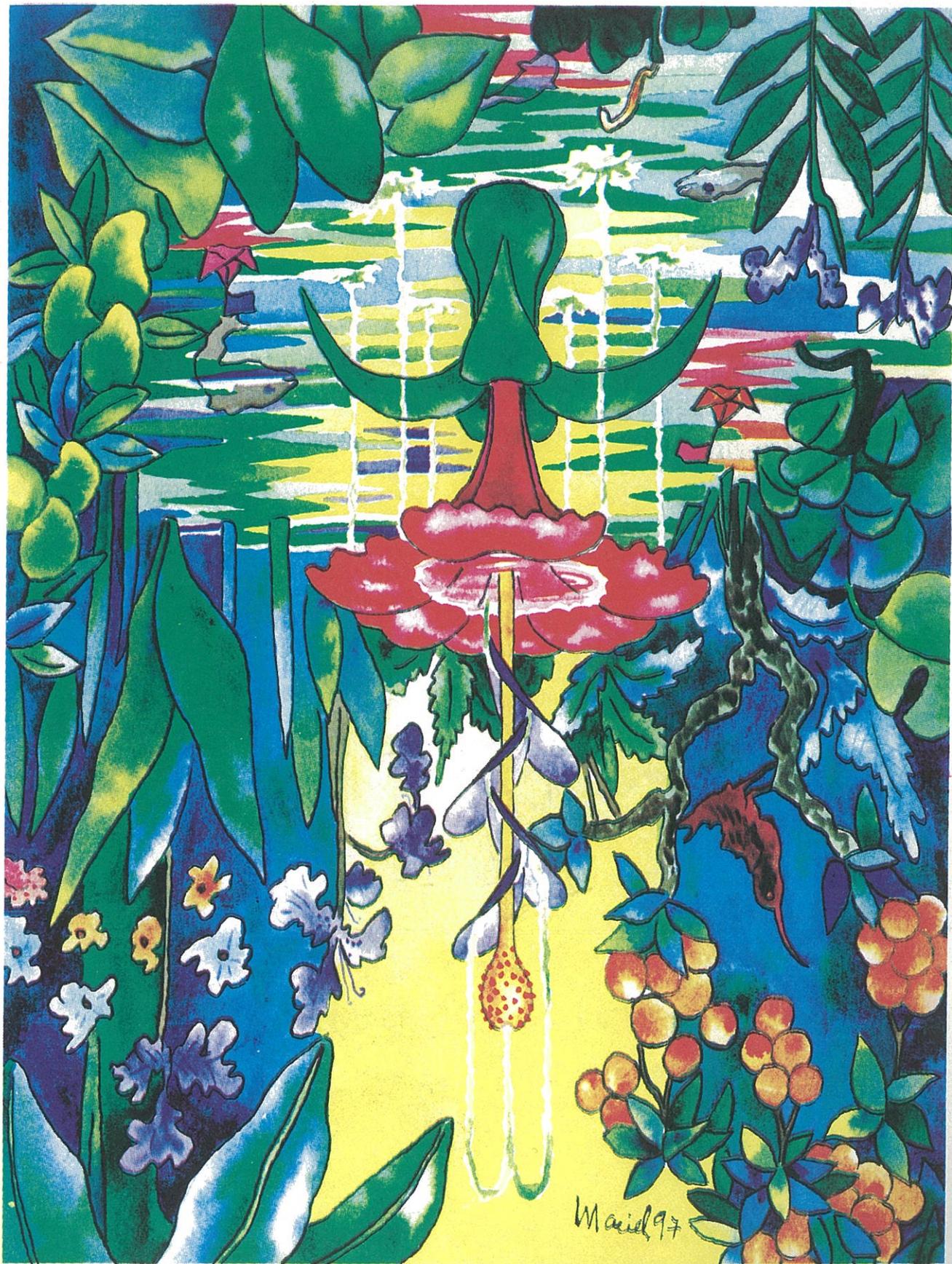
Pirrimplín también es feliz. Una noche soñó que se iba a vivir con Panchito Dreik, el abuelo de Proserpina, que según dicen las malas lenguas ha vuelto a la piratería en un barco de cuatro velas.

A lo mejor es cierto. Y...

*Colorín colorado... este cuento ha terminado.*

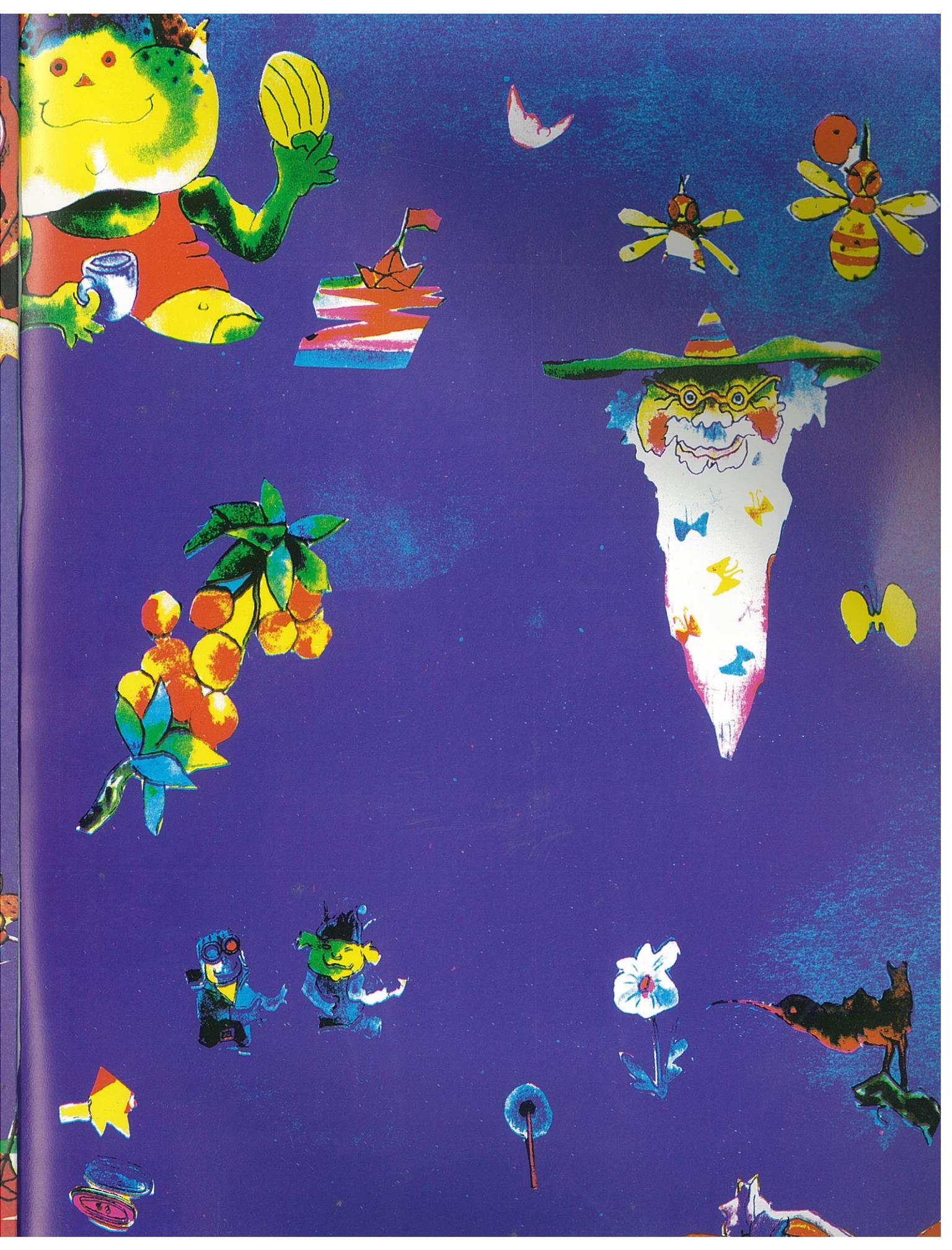
*Y me monto en un potro para que me cuenten otro.*

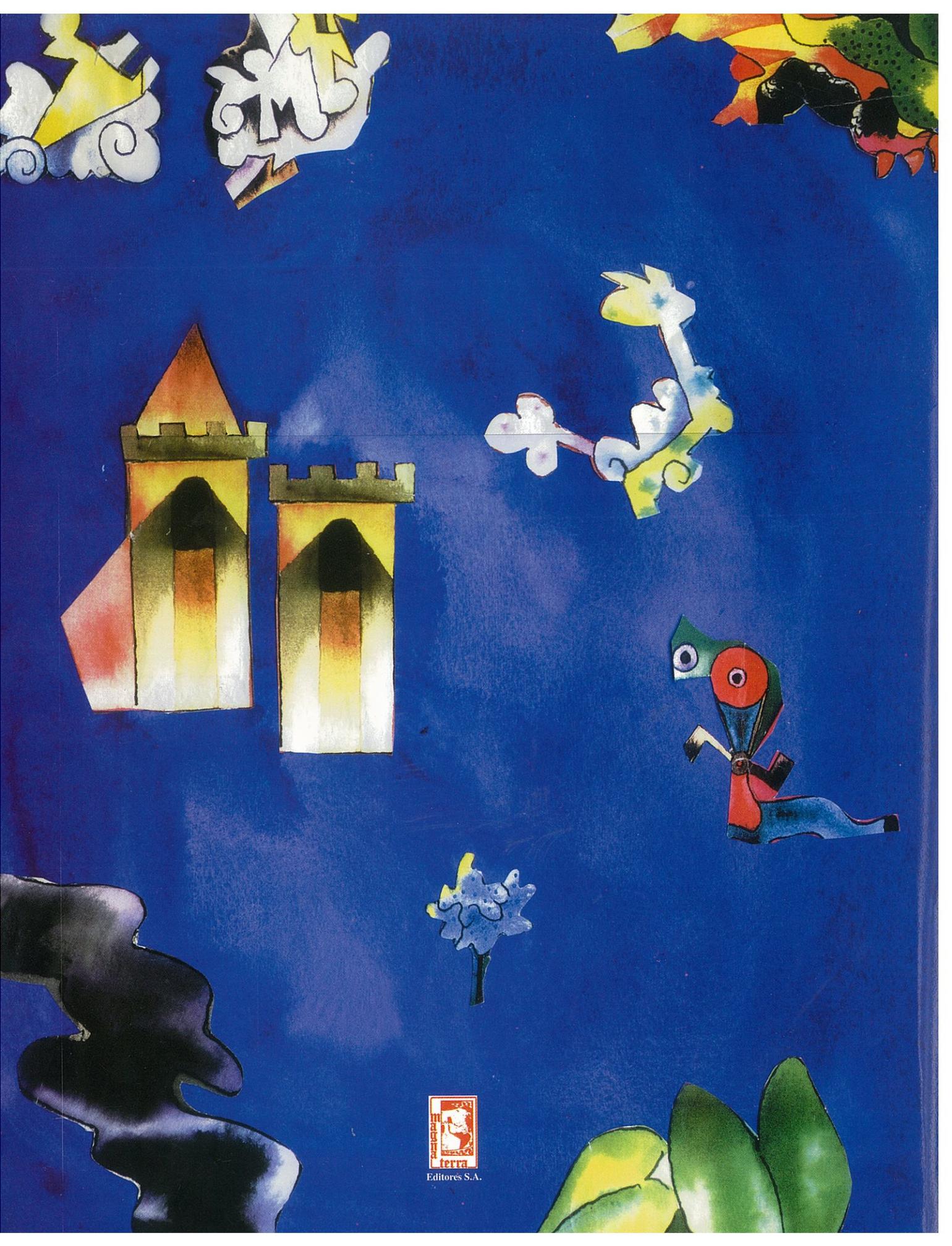




*La paz siempre es preciosa*







Editores S.A.